
El Ricachón en la Corte

Molière

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 1723

Título: El Ricachón en la Corte

Autor: Molière

Etiquetas: Teatro, Comedia

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 6 de octubre de 2016

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info/>

PERSONAJES

JOURDAIN

MADAME JOURDAIN

LUCILA

CLEONTE

DORIMENA

DORANTE

NICOLASA

MAESTRO DE ARMAS

FILÓSOFO

COVIELLE

MAESTRO DE MÚSICA

MAESTRO DE BAILE

EL DISCÍPULO

EL SASTRE

EL OFICIAL DE SASTRE

DOS CRIADOS

La acción, en París, en casa de M. Jourdain.

ACTO PRIMERO

Una sala con muchos instrumentos de música. El discípulo del maestro de música, sentado ante una mesa, está componiendo una serenata que monsieur Jourdain ha encargado.

ESCENA PRIMERA

EL MAESTRO DE MÚSICA, el MAESTRO DE BAILE, el DISCÍPULO, MÚSICOS y BAILARINES

MAESTRO DE MÚSICA (A los músicos). —Venid..., entrad en esta sala y aguardad sentados a que llegue.

MAESTRO DE BAILE (A los bailarines). —Y vosotros también, pero a este otro extremo.

MAESTRO DE MÚSICA (Al discípulo). —¿Está ya eso?

DISCIPULO. —Sí.

MAESTRO DE MÚSICA. —Veamos.

MAESTRO DE BAILE. —¿Algo nuevo?

MAESTRO DE MÚSICA. —Sí. Una serenata que le ha mandado hacer aquí mismo, en tanto que nuestro hombre se sacude las sábanas.

MAESTRO DE BAILE. —¿Se puede ver?

MAESTRO DE MÚSICA. —Ahora, cuando él salga, podréis oírla, con sus recitativos y todo. Poco puede tardar ya.

MAESTRO DE BAILE. —Nuestras ocupaciones actuales, tanto las vuestras como las mías, no son grano de anís.

MAESTRO DE MÚSICA. —Ciertamente. Ambos hemos hallado al hombre que necesitábamos. Monsieur Jourdain, con sus ínfulas de cortesano, que se le han subido a la cabeza, es para nosotros una finca. ¡Lástima que no le imitaran los demás, para bien de vuestras danzas y de mi música!

MAESTRO DE BAILE. —Según y conforme... Yo estimo que no le estarían de más algunos conocimientos que le permitieran darse cuenta de nuestros trabajos.

MAESTRO DE MÚSICA. —Es verdad que no tiene ni idea de ellos, pero los paga bien, y, precisamente, esto es lo que ante todo, necesitan las artes.

MAESTRO DE BAILE. —Para mí la gloria es el mejor sustento, y no tengo inconveniente en confesaros que los aplausos me llegan a lo más íntimo. No puede haber mayor suplicio para un artista que el de producir para un público de ignorantes y padecer el juicio estúpido de un imbécil. No me neguéis que se experimenta un placer inefable ejecutando ante personas capaces de sentir la emoción del arte; que saben acoger con agrado las bellezas de una obra, y que, con su lisonjera aprobación, os recompensan de vuestro trabajo... Sí, la retribución más halagüeña que puede recibir el artista es la de verse comprendido, la de sentirse acariciado por el aplauso; nada hay, en mi concepto, que pague mejor nuestras fatigas; nada más exquisito que los elogios del entendido.

MAESTRO DE MÚSICA. —De acuerdo; y, como vos, yo disfruto igualmente de esas dulzuras. No hay nada, seguramente, que cosquillee nuestro amor propio como el aplauso; pero el incienso no alimenta. Los puros elogios no colocan a un hombre a cubierto de sus necesidades: hay que agregar algo más positivo, y la mejor manera de elogiar es abriendo la mano. Este hombre, en efecto, es muy corto de luces; habla a tontas y a locas y aplaude a destiempo...; pero su dinero rectifica los yerros de su espíritu. Sus bolsillos están llenos de discreción; sus elogios están acuñados. He aquí por qué este ricachón ignorante nos es más útil que el ilustrado señorón que nos introdujo en esta casa.

MAESTRO DE BAILE. —Hay algo de verdad en lo que acabáis de decir; pero me parece que hacéis demasiado hincapié en lo del dinero. El interés es algo tan mezquino que no merece el apego de un hombre honrado.

MAESTRO DE MÚSICA. —Sin embargo, ¿no os embolsáis, complacido, la plata que os da nuestro hombre?

MAESTRO DE BAILE. —Sin duda; pero no cifro en ello todas mis ambiciones. Desearía que a su fortuna uniera un poco de buen gusto.

MAESTRO DE MÚSICA. —Yo también lo desearía; y precisamente en ello estamos y a ese fin se encaminan nuestros esfuerzos. De todos modos, gracias a él podremos darnos a conocer en la corte; él pagará por los

demás, y éstos elogiarán por él.

MAESTRO DE BAILE. —Aquí viene.

ESCENA II

MONSIEUR JOURDAIN, en bata y gorro de dormir, DOS CRIADOS, el MAESTRO DE MÚSICA, el MAESTRO DE BAILE, el DISCÍPULO, MÚSICOS y BAILARINES.

JOURDAIN. —¡Hola, señores! ¿Qué hay? ¿Vamos a ver esas bufonadas?

MAESTRO DE BAILE. —¿Cómo?... ¿A qué bufonadas os referís?

JOURDAIN. —¡Bah!... Pues ¿cómo le llamáis a eso? ¿Prólogo, intermedio o diálogo lírico—bailable?

MAESTRO DE BAILE. —¡Ah!

MAESTRO DE MÚSICA. —Ved que estamos listos.

JOURDAIN. —Os he hecho esperar un rato; pero es que hoy he querido vestirme como las personas de calidad, y mi sastre me ha enviado unas medias de seda que creí no llegaría jamás a ponérmelas.

MAESTRO DE MÚSICA. —Nuestra obligación es aguardaros.

JOURDAIN. —Os ruego a ambos que no os marchéis hasta que me hayan traído el traje, para que me lo veáis puesto.

MAESTRO DE BAILE. —Como os plazca.

JOURDAIN. —Me veréis bizarramente equipado de pies a cabeza.

MAESTRO DE MÚSICA. —¿Quién lo duda?...

JOURDAIN. —También me he mandado hacer esta bata

MAESTRO DE BAILE. —Que es preciosa.

JOURDAIN. —Me ha dicho mi sastre que es la prenda que usan por la mañana las gentes distinguidas.

MAESTRO DE MÚSICA. —¡Y qué bien os sienta!

JOURDAIN. —¡Hola!... ¿y mis criados?

CRIADO PRIMERO. —¿Qué manda el señor?

JOURDAIN. —¡Nada!

MAESTRO DE BAILE. —¡Magníficas!

(Jourdain se entreabre la bata para que le vean los calzones de terciopelo rojo y el justillo velludo verde que lleva puestos.) Ved esta ropilla para andar por casa.

MAESTRO DE MÚSICA. — Muy elegante.

JOURDAIN. —¡Criados!

CRIADO PRIMERO. —¡Señor!

JOURDAIN.—¿Y el otro criado?

CRIADO SEGUNDO. —¡Señor!

JOURDAIN (Quitándose la bata que entrega a los criados) —Tomad. (A los maestros.) ¿Estoy bien así?

MAESTRO DE BAILE. —Muy bien. No cabe mejor.

JOURDAIN. —Y ahora vamos a ocuparnos de vuestros asuntos.

MAESTRO DE MÚSICA. —Primeramente, quisiera haceros oír la serenata que me habéis encargado. Acaba de componerla uno de mis discípulos que tiene un talento extraordinario para estas cosas.

JOURDAIN. —Sí, pero no se deben encomendar ciertos trabajos a un estudiante. ¿No os bastáis vos para ello?

MAESTRO DE MÚSICA. —La condición de estudiante no debe llamaros a engaño. Hay discípulos que saben tanto como los más grandes maestros. La misma composición os lo demostrará, porque no puede oírse nada más lindo. Escuchad.

JOURDAIN (A los criados.) —Ponedme la bata para que pueda oír mejor... ¡Un momento! Creo que estaría mejor sin ella... No, dádmela. Indudablemente estaré mejor con la bata.

Músicos (Cantando.)

Desde que los rigores
de vuestros lindos ojos me prendieron,
yo sufro, día y noche, un mal extremo;
si así tratáis, oh Iris,
al que de vuestro amor vive cautivo,
¿qué tormento daréis al enemigo?

JOURDAIN. —Es una canción un poco lúgubre, soñolienta, Convendría que la remozaseis, alegrándola acá y allá.

MAESTRO DE MÚSICA. —Señor, la música tiene que acomodarse al cantable.

JOURDAIN. —Hace algún tiempo me enseñaron una letra preciosa. Aguardad... La... ¿Cómo decía?

MAESTRO DE BAILE. —No sé...

JOURDAIN. —Dentro de la composición hay una oveja.

MAESTRO DE BAILE. —¿Una oveja?

JOURDAIN. —¡Ah, sí! (Cantando.)

Yo creía a Juanita
Tan dulce como bella;
Yo creía a Juanita
Más dócil que una oveja.
¡Ya, ya!
¡Es más cruel mil veces
que el tigre de la selva!
¿No es preciosa?

MAESTRO DE MÚSICA. —¡La canción más bonita que he oído!

MAESTRO DE BAILE: ¡Y la cantáis maravillosamente!

JOURDAIN. —Pues no he aprendido música.

MAESTRO DE MÚSICA. —Debierais aprenderla, como aprendéis el baile. Son las dos artes de más íntima ligazón.

MAESTRO DE BAILE. —Y que despiertan el espíritu del hombre, disponiéndole a la percepción de lo bello.

JOURDAIN. —¿Las gentes distinguidas aprenden solfa?

MAESTRO DE MÚSICA. —¡Claro está!

JOURDAIN. —Pues la aprenderé yo también, pero no sé a qué hora, porque apenas dispongo de tiempo. Además del maestro de armas, he tomado un profesor de filosofía, que comenzará sus lecciones hoy mismo.

MAESTRO DE MÚSICA. —La filosofía... es algo que no está de más; ¡pero la música!...

MAESTRO DE BAILE. —¡La música y el baile!... La música y el baile constituyen el fundamento de todo.

MAESTRO DE MÚSICA. —No hay nada tan útil a un Estado como la música.

MAESTRO DE BAILE. —Ni nada tan necesario al hombre como el baile.

MAESTRO DE MÚSICA. —Un Estado no puede subsistir sin música.

MAESTRO DE BAILE. —El hombre que no sabe bailar no sirve para nada.

MAESTRO DE MÚSICA. —Todas las guerras, todos los desórdenes que se producen en el mundo, tienen como origen la falta de conocimientos musicales.

MAESTRO DE BAILE. —Todas las desdichas del hombre, todos los funestos descalabros de que está plagada la Historia: los yerros de la política, las faltas de los grandes generales...; todo ello sucede por no saber bailar.

JOURDAIN. —Y ¿cómo es eso?

MAESTRO DE MÚSICA. —Pues si a todos los hombres se les enseñara la música, ¿no sería éste el medio de acordar el conjunto y de que la paz reinara en todo el universo?

JOURDAIN. —Tenéis razón.

MAESTRO DE BAILE. —Cuando un hombre ha cometido una falta, ya en el seno de su familia, en el gobierno del Estado o en el mando de un ejército, ¿no decimos invariablemente "Fulano ha dado un mal paso"?

JOURDAIN. —Eso se dice.

MAESTRO DE BAILE. —Y el dar un paso en falso, ¿puede provenir de otra cosa que de no saber bailar?

JOURDAIN. —También es cierto, y ambos tenéis razón.

MAESTRO DE BAILE. —Pues ello os hará ver la excelencia y la utilidad del baile y de la música.

JOURDAIN. —Ahora comprendo.

MESTRO DE MÚSICA. —¿Queréis que pasemos a nuestros trabajos?

JOURDAIN. —Sí.

MAESTRO DE MÚSICA. —Como ya os he dicho, se trata de un ensayo en el que se hacen destacar las diversas pasiones que pueden expresarse en la música.

JOURDAIN. —Muy bien.

MAESTRO DE MÚSICA (A los músicos.) —Vamos..., avanzad. (A Jourdain.) Imaginemos que visten de pastores.

JOURDAIN. —¿Y por qué?. . . ¿Por qué han de vestir siempre de pastores? Por todas partes no se ven más que pastorcitos.

MAESTRO DE MÚSICA. —Para que el personaje musical tenga mayor verosimilitud, conviene colocarlo en un ambiente pastoril. El canto fue en todas las épocas patrimonio de los pastores; y, realmente, no resultaría muy natural que príncipes y plebeyos dialogaran cantando.

JOURDAIN. —Adelante, adelante. Veamos.

DIÁLOGO MUSICAL

UNA CANTANTE Y DOS CANTORES; LA CANTANTE. —

Bajo el tiránico influjo
del imperio del amor,
de continuo mil cuidados
agitan el corazón.
Dicen que el enamorado
languidece de placer,
y dulcemente suspira
cuando sueña con su bien;
pero, digan lo que quieran
los esclavos de este afán,
no haya nada tan placentero
como nuestra libertad.

CANTOR PRIMERO. —

No existe nada tan dulce
como el ardoroso aliento
que a dos corazones guarda
unidos en un deseo.
No puede existir ventura
sin ansias de amor: el día
que amor desterrado quede,
desterrado habrán la dicha.

CANTOR SEGUNDO. —

Sería muy dulce verse
esclavizado a la luz
rigurosa del amor,
si en él tuviéramos fe.
Pero dice el desengaño,
con crueldad más rigurosa,
que en parte ninguna existe
la soñada y fiel pastora.

Ese deseo inconstante
e indigno de nuestros días
nos obliga a renunciar
para siempre a toda dicha.

CANTOR PRIMERO. —

¡Amable amor!

LA CANTANTE. —

¡Bendita
sencillez!

CANTOR SEGUNDO. —

¡Feliz sexo!

CANTOR PRIMERO. —

¡Cuán preciada me eres!

LA CANTANTE. —

¡Cuánto
me agradas!

CANTOR SEGUNDO. —

El más intenso
de los horrores me causas.

CANTOR PRIMERO. —

Para amar es necesario
de los rencores huir.

LA CANTANTE. —

Todavía confiados
pudiéramos encontrar
alguna pastora fiel.

CANTOR PRIMERO. —

¿Dónde hallarla?

LA CANTANTE. —

Nuestra gloria
Yo Pretendo defender,
ofreciéndote, bien mío,
mi ardoroso corazón.

CANTOR SEGUNDO. —

Mas ¿Puedo Creer, pastora,
que no has de serle traidor?

LA CANTANTE. —

Amémonos para ver
cuál de los dos sabe amar.

CANTOR SEGUNDO. —

Y que los dioses castiguen
al que resulte inconstante.

LOS TRES. —

Dejémonos inflamar
por tan plácidos ardores,
que dulce es amar si fieles
se muestran los corazones.

JOURDAIN. —¿Ya se acabó?

MAESTRO DE MÚSICA. —Sí.

JOURDAIN. —Está bien combinado el diálogo y hay en él algunas frases bastante bellas.

MAESTRO DE BAILE. —Por mi parte, deseo presentaros un ensayo, en el que podréis apreciar las actitudes y los movimientos más bellos que puedan armonizar un bailable.

JOURDAIN. —¿También son pastores?

MAESTRO DE BAILE. —Son... lo que queráis. (A los bailarines.)

¡Vamos!

BAILABLE

(Cuatro bailarines ejecutan los diferentes pasos y movimientos que el Maestro les indica.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

MONSIEUR JOURDAIN, el MAESTRO DE MÚSICA, el MAESTRO DE BAILE Y CRIADOS

JOURDAIN. —No es una tontería este baile. Además, esa gente se zarandea bien.

MAESTRO DE MÚSICA. —Cuando el baile y la música estén acoplados, el efecto será mucho mayor, y podréis apreciar la exquisita galantería del conjunto.

JOURDAIN. —Pues manos a la obra, porque la persona en cuyo obsequio he dispuesto tales agasajos me hace el honor de comer conmigo.

MAESTRO DE BAILE. —Todo está dispuesto.

MAESTRO DE MÚSICA. —Pero no deben parar aquí las cosas, señor. Es necesario que una persona como vos, magnánima e inclinada al cultivo de lo bello, haga música en sus salones un día a la semana: los miércoles o los jueves...

JOURDAIN. —¿Es costumbre entre gente distinguida?

MAESTRO DE MÚSICA. —Sí, señor.

JOURDAIN. —Entonces tendremos música. ¿Será hermoso, verdad?

MAESTRO DE MÚSICA. —¡Qué duda cabe!... Se necesitarán tres voces: un tenor, un barítono y un bajo, que serán acompañados de dos violines, un violoncello, una tiorba y un clavecín.

JOURDAIN. —Agregad una trompa marina. La trompa marina es un instrumento muy armonioso y que me agrada en extremo.

MAESTRO DE MÚSICA. —Dejadnos hacer a nosotros.

JOURDAIN. —Bien; pero no os olvidéis de enviarme músicos y cantantes

que amenicen el banquete.

MAESTRO DE MÚSICA. —No caerá nada en falta.

JOURDAIN. —Y, sobre todo, esmeraos en el baile.

MAESTRO DE MÚSICA. —Quedaréis complacido; y, entre otras cosas, oiréis unos minués...

JOURDAIN. —¡Oh!... El minué es mi baile, y quiero que me lo veáis bailar. A ver, maestro.

MAESTRO DE BAILE. —Poneos un sombrero, señor.

(Jourdain se pone por encima del gorro de dormir un sombrero que le trae un criado. El maestro de baile tararea un minué.)

La, la la. La, la la, la, la, la, la, la, bis. La, la, la. La, la. Cuidado con el ritmo, señor... La, la, la, la. Esa pierna derecha... La, la, la. No mováis tanto los hombros. La, la, la, la. Os estorban los brazos. La, la, la, la, la. Erguid la cabeza... La punta del pie hacia fuera. La, la, la. Más derecho el cuerpo...

JOURDAIN. —¿Qué tal?

MAESTRO DE MÚSICA. —¡Imposible hacerlo mejor!...

JOURDAIN. —¡A propósito!... Vais a indicarme ahora la reverencia que debo hacer para saludar a una marquesa, porque en breve se me presentará la ocasión.

MAESTRO DE BAILE. —¿La reverencia para saludar a una marquesa?

JOURDAIN. —Sí, a una marquesa que se llama Dorimena.

MAESTRO DE BAILE. —Dadme la mano.

JOURDAIN. —No. Hacedla vos, que viéndola una vez no se me olvidará.

MAESTRO DE BAILE. —Si queréis saludarla con gran ceremonia, primeramente debéis hacer una inclinación hacia atrás; luego avanzar hacia ella, haciendo tres reverencias más, y en la última inclinaros hasta las rodillas.

JOURDAIN. —Hacedlo... ¡Comprendido!

CRIADO PRIMERO. — Señor... ahí está el maestro de armas.

JOURDAIN. —Dile que entre y daremos la lección. Quiero que me veáis.

ESCENA II

MAESTRO DE ARMAS, MAESTRO DE MÚSICA, MAESTRO DE BAILE,
MONSIEUR JOURDAIN Y DOS CRIADOS

MAESTRO DE ARMAS. —(Después de haberle colocado el florete en la mano) Vamos a ver... Primeramente haced el saludo... El cuerpo erguido, pero cargando un poco sobre el muslo izquierdo... No tan separadas las piernas, y los pies en una misma línea. La muñeca en oposición con la cadera. La punta de la espada frente al hombro... No tan extendido el brazo. La mano izquierda a la altura del ojo. El hombro izquierdo más cuarteado... La cabeza, derecha, y serena la mirada... Avanzad, sin descomponer la figura... Tomad hierro en cuarta y rematad lo mismo. Una, dos. Retiraos. Atacad de nuevo... Un salto hacia atrás. Cuando marquéis un bote, lo primero que debe avanzar es la espada, cuidando siempre de que el cuerpo quede cubierto. Una, dos. Vamos, atacadme y parad en tercia. Avanzad... Firme el cuerpo. Avanzad... Partid. Una, dos. Cubríos... Atacad... Un salto atrás... En guardia, señor, en guardia ... (El maestro le da dos o tres botonazos, al tiempo que le grita: ¡En guardia!)

JOURDAIN. —¿Qué tal?

MAESTRO DE MÚSICA. —Lo hacéis maravillosamente.

MAESTRO DE ARMAS. —Ya os he dicho que todo el secreto de la esgrima consiste solamente en dos cosas: en dar y en no recibir. Y, como os lo hice ver el otro día con razones demostrativas, es imposible que recibáis una estocada si sabéis desviar la espada del adversario, manteniéndola siempre fuera de la línea de vuestro cuerpo; lo que se logra por un simple movimiento de muñeca, unas veces hacia dentro y otras veces hacia fuera.

JOURDAIN. —De suerte que un hombre, aunque no tenga grandes arrestos, puede estar seguro de matar a su enemigo y de que no le maten a él.

MAESTRO DE ARMAS. —¡Indudablemente! ¿No visteis la demostración?

JOURDAIN. —Sí.

MAESTRO DE ARMAS. —Por ahí podréis ver la consideración que nos debe el Estado; y cómo la ciencia de las armas se eleva sobre todos esos conocimientos inútiles, tales como la danza, la música, la...

MAESTRO DE BAILE. —Poco a poco, señor esgrimidor. Hablad con más respeto del baile.

MAESTRO DE MÚSICA. —Os ruego que tratéis con mayor consideración el arte excelso de la música.

MAESTRO DE ARMAS. —¡Tiene gracia! ¿Pretendéis comparar vuestra ciencia con la mía?

MAESTRO DE MÚSICA. —¡Ved qué importancia se da nuestro hombre!

MAESTRO DE BAILE. —¡Miradle, con su plastrón, qué animal más grotesco!

MAESTRO DE ARMAS. —Se me figura, maestrillos, que os voy a hacer cantar y bailar a mi gusto.

MAESTRO DE BAILE. —Id con tiento, señor herrero, no os enseñe yo vuestro oficio.

JOURDAIN. —(Al maestro de baile.) ¿Estáis locos, queriendo armar pendencia con un hombre que sabe de tercias y cuartas, y que mata a la gente con razones demostrativas?

MAESTRO DE BAILE. —¡Me río yo de sus demostraciones y de sus tercias y sus cuartas!

JOURDAIN. —¡Calma!

MAESTRO DE ARMAS. —¡Qué dicen los impertinentes!

JOURDAIN. —¡Sosegaos, maestro!

MAESTRO DE BAILE. —¿Y vos, percherón de carroza?

JOURDAIN. —¡Vamos, Maestro de baile!

MAESTRO DE ARMAS. —¡Si caigo sobre vos!...

JOURDAIN. —¡Calma!

MAESTRO DE BAILE. —¡Si os meto mano!...

JOURDAIN. —¡Ya está bien!

MAESTRO DE ARMAS. —¡Os tengo de zurrar!...

JOURDAIN. —¡Por favor!

MAESTRO DE BAILE. —¡Y yo de apalearos!

JOURDAIN. —Os lo ruego.

MAESTRO DE MÚSICA. —Dejadnos que le enseñemos a hablar.

JOURDAIN. —¡Deteneos, por Dios!

ESCENA III

MAESTRO DE FILOSOFÍA, MAESTRO DE MÚSICA, MAESTRO DE BAILE, MAESTRO DE ARMAS, JOURDAIN Y CRIADOS

JOURDAIN. —¡Hola, señor Filósofo! Llegáis a tiempo con vuestra filosofía para poner paz entre estos señores.

FILÓSOFO. —¿Qué es ello? ¿Qué sucede?

JOURDAIN. —Abogando cada uno por la supremacía de su arte, se han acalorado hasta el extremo de injuriarse y estar a punto de venir a las manos.

FILÓSOFO. —¿Cómo? ¿Es posible, señores, que os dejéis arrebatarse de tal suerte?... ¿Acaso no habéis leído el sapientísimo tratado de Séneca sobre la cólera? ¿Hay nada más bajo y vergonzoso que esta pasión, que hace de un hombre una bestia salvaje? ¿Es o no la razón la que debe regir vuestros actos?

MAESTRO DE BAILE. —¿Cómo nos habíamos de contener señor? Acaba de insultarnos a los dos, menospreciando el baile, que yo ejerzo, y la música, que profesa mi compañero.

FILÓSOFO. —Un hombre discreto está por encima de todas las injurias que se le puedan proferir y la única respuesta que merece el ultraje es la circunspección y la paciencia.

MAESTRO DE ARMAS. —¡Uno y otro han tenido la audacia de querer comparar sus profesiones con la mía!

FILÓSOFO. —¿Y por eso os enojáis? Los hombres no deben disputar entre sí por la vanagloria de su condición: lo único que nos diferencia perfectamente a unos de otros es la virtud y la sabiduría.

MAESTRO DE BAILE. —Yo le sostengo que el baile es una ciencia a la que nunca se honrará bastante.

MAESTRO DE MÚSICA. —Y yo que la música es un arte consagrado a través de los siglos.

MAESTRO DE ARMAS. —Pues yo replico y les sostengo que la esgrima es la más bella y la más necesaria de todas las ciencias.

FILÓSOFO. —¿Qué diremos entonces de la filosofía?... ¡Me asombra la impertinencia de cada uno de vosotros al hablar delante de mí con tal arrogancia, dando descocadamente el nombre de ciencia a cosas que ni siquiera merecen el honroso calificativo de artes, y que sólo pueden ser incluídas en la clasificación de ciertos oficios, tan ruines como el de matón, coplero y danzarín!

MAESTRO DE ARMAS. —¡Ah, perro filósofo!

MAESTRO DE MÚSICA. —¡Ah, pedante!

MAESTRO DE BAILE. —¡Ah, rematado capigorrón!

FILÓSOFO. —¿Qué decís, merodeadores?, que no sois otra cosa. (El filósofo se arroja sobre ellos, que lo muelen a golpes, y todos, peleando, salen.)

JOURDAIN. —¡Señor Filósofo!

FILÓSOFO. —¡Infames! ¡Cobardes! ¡Insolentes!

JOURDAIN. —¡Señor Filósofo!

MAESTRO DE ARMAS. —Mala peste te lleve, animal!

JOURDAIN. —¡Señores!

FILÓSOFO. —¡Impúdicos!

JOURDAIN. —¡Señor Filósofo!

MAESTRO DE BAILE. —¡Llévese el diablo a este asno con albarda!

JOURDAIN. —¡Señores!

FILÓSOFO. —¡Malvados!

JOURDAIN. —¡Señor Filósofo!

MAESTRO DE MÚSICA. —¡El muy impertinente!

JOURDAIN. —¡Señores!

FILÓSOFO. —¡Bribones! ¡Mendigos! ¡Traidores! ¡Farsantes!

JOURDAIN. —¡Señor Filósofo!... ¡Señores!... ¡Señor Filósofo!...

¡Señores!... ¡Señor Filósofo!... (Salen peleando.) Andad y zurraos hasta que os hartéis, que no seré yo quien lo impida ni quien se exponga a estropearse el traje por separarlos. ¡Buen tonto sería si me metiera en medio, para salir también aporreado!...

ESCENA IV

EL MAESTRO DE FILOSOFÍA Y JOURDAIN

FILÓSOFO. —(Que vuelve arreglándose el traje.) Veamos nuestra lección.

JOURDAIN. —Estoy verdaderamente pesaroso de que os hayan acogotado.

FILÓSOFO. —Eso no es nada. Un filósofo sabe recibir las cosas tal y como vienen. Ahora bien; yo les prometo que he de componer contra ellos una sátira, al estilo de Juvenal, que los hará añicos. Dejemos esto y veamos qué es lo que queréis vos aprender.

JOURDAIN. —Todo lo que pueda. Tengo deseos de ser sabio. Me indigna que mis padres no me obligaran, en mi juventud, a estudiar ciencias.

FILÓSOFO. —Es un sentimiento muy noble. Nam sine doctrina vita est quasi mortis imago. Ya me habréis entendido, porque, indudablemente, sabéis latín.

JOURDAIN. —Sí, pero haceos cuenta de que no lo sé, y explicadme lo que significa.

FILÓSOFO. —Quiere decir que, sin la ciencia, la vida es como una imagen de la muerte.

JOURDAIN. —Tiene razón ese latinajo.

FILÓSOFO. —¿Tenéis algunos principios o rudimentos de las ciencias?

JOURDAIN. —¡Oh, sí, señor: sé leer y escribir!

FILÓSOFO. —¿Y por dónde queréis que comencemos? ¿Queréis que os enseñe la lógica?

JOURDAIN. —¿Qué viene a ser eso de la lógica?

FILÓSOFO. — Es la que enseña las tres operaciones de la mente.

JOURDAIN. — ¿Y cuáles son esas tres operaciones?

FILÓSOFO. —La primera, la segunda y la tercera. La primera es la que enseña a discurrir por medio de los universales; la segunda, a juzgar por medio de las categorías; la tercera, la que enseña a deducir las consecuencias por medio de las figuras: Bárbara, Celarent, Darii, Ferio, Baralipon, etc.

JOURDAIN. —¡Vaya unas palabrejas estrambóticas! Esto de la lógica no me hace gracia; estudiemos otra cosa más agradable.

FILÓSOFO. —¿Queréis aprender moral?

JOURDAIN. —¿Moral?

FILÓSOFO. —Sí.

JOURDAIN. —¿De qué trata la moral?

FILÓSOFO. —De la felicidad, enseñando al hombre la moderación de sus pasiones y...

JOURDAIN. —No, dejemos eso. Yo soy un bilioso de todos los diablos, y no hay moral que me valga ni que me impida montar en cólera cuando me dé la gana.

FILÓSOFO. —¿Queréis aprender física?

JOURDAIN. —¿Qué cantilena es esa de la física?

FILÓSOFO. —La física explica los principios de las cosas naturales y las propiedades de cada cuerpo; la que discurre sobre la naturaleza de los elementos, los metales, minerales, piedras, plantas, animales... Ella nos enseña las causas de los meteoros, del arco iris, de las estrellas fugaces, de los cometas, del rayo, del trueno, del ciclón, de la lluvia, de la nieve, del hielo, los vientos y los torbellinos.

JOURDAIN. —Hay demasiado estruendo en todo eso; demasiada confusión.

FILÓSOFO. —Entonces, ¿qué queréis que os enseñe?

JOURDAIN. —Enseñadme la ortografía.

FILÓSOFO. —Con mucho gusto.

JOURDAIN. —Después me enseñaréis el almanaque, para que pueda saber cuándo hay luna y cuándo no la hay.

FILÓSOFO. —Perfectamente. Y para mejor seguir vuestros deseos y tratar el asunto filosóficamente, es preciso comenzar, según el orden de las cosas, por el conocimiento exacto de la naturaleza de las letras y la manera peculiar de pronunciarse cada una de ellas. A este respecto comenzaré por deciros que las letras se dividen en vocales, así llamadas porque expresan las voces, y en consonantes, llamadas de este modo porque suenan acompañadas de las vocales y no hacen sino marcar las diversas articulaciones de las voces. Hay cinco vocales o voces: A, E, I, O, U.

JOURDAIN. —Comprendido.

FILÓSOFO. —La voz A se forma abriendo mucho la boca: A.

JOURDAIN. —A, A. Sí.

FILÓSOFO. —La voz E se forma acercando la mandíbula inferior a la superior. A, E.

JOURDAIN. —A, E. A, E. ¡Pues es verdad! ¡Esto es muy interesante!

FILÓSOFO. —La I se pronuncia aproximando aún más las mandíbulas y estirando los extremos de la boca hacia las orejas. A, E, I.

JOURDAIN. —A, E, I, I, I, I. Es verdad. ¡Viva la ciencia!

FILÓSOFO. —La voz O se forma abriendo la boca y aproximando las comisuras de los labios: O.

JOURDAIN. —O, O. No puede darse nada más exacto: A, E, I, O, I, O. ¡Esto es admirable! I, O, I, O.

FILÓSOFO. —La abertura de la boca forma, precisamente, un redondelito

que asemeja una O.

JOURDAIN. —O, O, O. Tenéis razón. O, ¡ah, qué hermoso es saber algo!

FILÓSOFO. —El sonido de la U se produce acercando los dientes, sin llegar a juntarlos del todo, y sacando los labios hacia fuera: U.

JOURDAIN. —U, U. Nada más cierto: U.

FILÓSOFO. —Alargáis los labios de tal forma y ponéis un hocico que más bien parece una mueca; de suerte que, si realmente quisierais hacer burla a alguien, no podríais decirle más que U.

JOURDAIN. —U, U. Es verdad. ¡Que no hubiera yo estudiado antes para saber esto! . . .

FILÓSOFO. —Mañana examinaremos las otras letras, o sea las consonantes.

JOURDAIN. —¿Y son tan curiosas como las que acabamos de estudiar?

FILÓSOFO. —Indudablemente. La consonante D, por ejemplo, se pronuncia colocando la punta de la lengua en los dientes de arriba: DA.

JOURDAIN. —DA, DA. ¡Qué bonito! ¡Qué bonito!

FILÓSOFO. —La F, apoyando los dientes de arriba sobre el labio inferior: FA.

JOURDAIN. —FA, FA. Exacto. ¡Ah, papá y mamá, cómo os detesto!

FILÓSOFO. —Y la R, colocando la punta de la lengua en lo alto del paladar, de suerte que, al chocar el aire expelido con fuerza, la lengua cede y vuelve al mismo sitio, produciendo una especie de vibración: R, RA.

JOURDAIN. —R, R, RA; R, R, R, R, R, RA. También esto es verdad. ¡Ah, qué hombre más hábil..., y cómo he perdido el tiempo! R, R, R, R.A.

FILÓSOFO. —Ya os explicaré a conciencia todas estas curiosidades.

JOURDAIN. —Os lo ruego. Y ahora es preciso que os haga una confidencia. Estoy enamorado de una dama de la mayor distinción, y desearía que me ayudarais a redactar una misiva que quiero depositar a

sus plantas.

FILÓSOFO. —No hay inconveniente.

JOURDAIN. —Será una galantería, ¿verdad?

FILÓSOFO. —Sin duda alguna. ¿Y son versos los que queréis escribirle?

JOURDAIN. —No, no; nada de versos.

FILÓSOFO. —¿Preferís la prosa?

JOURDAIN. —No. No quiero ni verso ni prosa.

FILÓSOFO. —¡Pues una cosa u otra ha de ser!

JOURDAIN. —¿Por qué?

FILÓSOFO. —Por la sencilla razón, señor mío, de que no hay más que dos maneras de expresarse: en prosa o en verso.

JOURDAIN. —¿Conque no hay más que prosa o verso?

FILÓSOFO. —Nada más. Y todo lo que no está en prosa está en verso; y todo lo que no está en verso, está en prosa.

JOURDAIN. —Y cuando uno habla, ¿en qué habla?

FILÓSOFO. —En prosa.

JOURDAIN. —¡Cómo! Cuando yo le digo a Nicolasa: "Tráeme las zapatillas" o "dame el gorro de dormir", ¿hablo en prosa?

FILÓSOFO. —Sí, señor.

JOURDAIN. —¡Por vida de Dios! ¡Más de cuarenta años que hablo en prosa sin saberlo! No sé cómo pagaros esta lección... Pues lo que quisiera decir en esa carta es esto: "Linda marquesa, vuestros hermosos ojos me hacen morir de amor". Esto, pero redactándolo con galanura... dándole una vuelta, un giro gracioso.

FILÓSOFO. —Podéis agregar que el fuego de sus ojos reduce vuestro corazón a cenizas, que sufrís día y noche las violencias de un...

JOURDAIN. —No, no, no; nada de eso. No quiero decirle más que lo que os he dicho: "Linda marquesa, vuestros hermosos ojos me hacen morir de amor".

FILÓSOFO. —Es necesario estirar eso un poco...

JOURDAIN. —Os repito que no. No quiero escribir más que esas palabras, pero dándoles una forma elegante... Id redactando de diversas maneras para que yo vea ... Os lo ruego.

FILÓSOFO. —Puede redactarse primeramente como vos habéis dicho: "Linda marquesa, vuestros hermosos ojos me hacen morir de amor". O bien: "De amor morir me hacen, linda marquesa, vuestros hermosos ojos". O de este otro modo: "Vuestros ojos hermosos, de amor me hacen linda marquesa, morir". O en esta forma: "Morir, vuestros ojos, linda marquesa, de amor me hacen". O diciendo: "Me hacen vuestros ojos hermosos morir, linda marquesa, de amor".

JOURDAIN. —Pero de todas esas maneras, ¿cuál es la mejor?

FILÓSOFO. —La que vos habéis dicho: "Linda marquesa, vuestros hermosos ojos me hacen morir de amor".

JOURDAIN. —¡No he estudiado y, sin embargo, acierto al primer golpe!... Os doy las gracias de todo corazón, y os ruego que vengáis mañana temprano.

FILÓSOFO. —No faltaré. (Sale.)

JOURDAIN (Al criado.) —¿Pero es que no me han traído aún el traje?

CRIADO. —No, señor.

JOURDAIN. —¡Bien me está haciendo aguardar ese maldito sastre, y en un día en que tanto tengo que hacer!... ¡Me da una rabia! ... ¡Malas cuartanas le den a ese verdugo! ¡Váyase al diablo, y que la peste le ahogue al tal sastre!... ¡Si pudiera cogerle ahora mismo a ese mal sastre, a ese perro de sastre, a ese traidor, lo...

ESCENA V

EL MAESTRO SASTRE, el OFICIAL, con el traje de monsieur; Jourdain, MONSIEUR JOURDAIN y el CRIADO

JOURDAIN. —¿Habéis llegado? Comenzaba a indignarme.

MAESTRO SASTRE. —¡Me ha sido imposible venir antes, a pesar de haber tenido veinte oficiales trabajando exclusivamente para vos.!

JOURDAIN. —Me habéis enviado unas medias tan sumamente ajustadas, que he pasado las penas de este mundo para podérmelas poner. Además, ya tienen varios puntos.

MAESTRO SASTRE. —Ya veréis cómo dan de sí.

JOURDAIN. —Si siguen escapándose las mallas, desde luego. Otra cosa: los zapatos que me han hecho, siguiendo vuestras indicaciones, me lastiman terriblemente, me hieren.

MAESTRO SASTRE. —No puede ser, señor.

JOURDAIN. —¡Cómo no puede ser!

MAESTRO SASTRE. —No, señor; no pueden molestarle.

JOURDAIN. —¡Y yo os digo que me atormentan!

MAESTRO SASTRE. —Es que os lo figuráis.

JOURDAIN. —Me lo figuro porque lo siento. ¡Vaya una razón!

MAESTRO SASTRE. —¡Mirad!... Aquí os traigo el traje más rico y mejor acabado que hay en la corte. Desafío a los sastres más renombrados a que hagan algo semejante. Confeccionar un traje que resulta serio sin ser negro es una obra maestra.

JOURDAIN. —Pero, ¿qué me habéis hecho aquí?... ¡Este dibujo está al

revés! ¡El rameado de la tela está hacia abajo!

MAESTRO SASTRE. —El señor no me advirtió que lo quería hacia arriba.

JOURDAIN. —¿Pero eso hay que advertirlo?

MAESTRO SASTRE. —¡Claro está! Como todos los elegantes lo llevan así...

JOURDAIN. —¿Los elegantes llevan los rameados hacia abajo?

MAESTRO SASTRE. —Sí, señor.

JOURDAIN. —Entonces, está bien.

MAESTRO SASTRE. —Si el señor quiere, se lo ponemos hacia arriba.

JOURDAIN. —No, no.

MAESTRO SASTRE. —Eso va en gusto; y si el señor los prefiere hacia arriba...

JOURDAIN. —Os repito que no. Habéis hecho perfectamente poniéndolo así. ¿Creéis que me sentará bien el traje?

MAESTRO SASTRE. —¡Qué pregunta me hacéis!... Desafío a un pintor a que haga con el pincel nada más ajustado. Tenemos en casa un oficial que es un verdadero genio haciendo ringraves; y otro que, como oficial de prueba, es el héroe de nuestra época.

JOURDAIN. —¿Qué tal la peluca y las plumas?

MAESTRO SASTRE. —Todo a pedir de boca.

JOURDAIN. —(Reparando en el traje que trae puesto el Maestro sastre.)
—¡Ah, demonio! ¿Qué es esto, señor sastre? Esta tela es mía; la que os llevé para el último traje que me hicisteis. La conozco muy bien.

MAESTRO SASTRE. —Es que la tela me pareció de un gusto tan extraordinario que quise tener yo un traje igual.

JOURDAIN. —Está bien; pero no de mi tela.

MAESTRO SASTRE. —¿Queréis probaros el traje?

JOURDAIN. — Sí, venga.

MAESTRO SASTRE. —Aguardad, que a cada cosa hay que darle lo suyo. Esta clase de prendas requieren cierto ceremonial, y he traído a mi gente para que os vistan a compás... ¡Eh!... Venid aquí todos a vestir al señor. Hacedlo como acostumbráis cuando se trata de personas de rango.

(Cuatro oficiales, bailando a compás de la orquesta, se acercan a monsieur Jourdain, lo desnudan primeramente, poniéndole después el traje nuevo. Jourdain va de acá para allá, contoneándose, para que vean cómo le cae.)

OFICIAL. —Caballero... ¿Hay algo para que beban los oficiales?

JOURDAIN. —¿Cómo me has llamado?

OFICIAL. —Caballero.

JOURDAIN. —¡Caballero! ¡Lo que vale el enjaretarse bien! Se pasarían mil años, yendo uno vestido de cualquier modo, y seguro está que jamás se le ocurriría a nadie llamarle "caballero"... Toma. Ahí tienes por tu "caballero".

OFICIAL. —Gracias. Siempre a las órdenes de usía.

JOURDAIN. —¡Usía! ... ¡Ha dicho usía! Aguardad, amigos. Ese usía merece algo más. No es cualquier cosa llamarle a uno usía. Tomad: he aquí lo que os da usía.

OFICIAL. —¡Ni uno solo de nosotros dejará de beber a la salud de su excelencia!

JOURDAIN. —¡Su excelencia! ¡Oh! ¡Oh! ¡Aguardad! No os marchéis tan pronto. ¡A mí "su excelencia"! Pero por este camino me van a dejar vacía la bolsa. Vaya..., tomad por "mi excelencia".

OFICIAL. —Damos a usía las gracias por su generosidad.

JOURDAIN. —Ha hecho bien, porque les iba a dar cuanto tengo.

(Los cuatro oficiales forman parejas para el baile, que constituye el segundo intermedio.)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

MONSIEUR JOURDAIN y CRIADOS

JOURDAIN. —Seguidme. Voy a dar una vuelta por las calles para que me vean mi traje; pero cuidad bien los dos de marchar pisándome los talones, para que no quepa duda de que sois mis criados.

CRIADOS. —Sí, señor.

JOURDAIN. —Llamad a Nicolasa, que tengo que darle algunas órdenes. Quietos, que aquí viene.

ESCENA II

NICOLASA, JOURDAIN y CRIADOS

JOURDAIN. —¡Nicolasa!

NICOLASA. —¿Qué manda el señor?

JOURDAIN. —Oye.

NICOLASA (Sin poder contener la risa.) —¡Ja, ja, ja, ja!

JOURDAIN. —¿De qué te ríes?

NICOLASA. —¡Ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN. —¿Qué le sucede a esta bribonaza?

NICOLASA. —¡Ji, ji, ji! ¡Qué traje se ha puesto! ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. —¿Qué significa esa risa?

NICOLASA. —¡Ay, Dios mío! ¡Ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN. —¿Qué desvergüenza es ésta? ¿Te burlas de mí?

NICOLASA. —No, señor, Dios me libre... ¡Ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN. —¡Como sigas riendo, te voy a dar un soplamocos!

NICOLASA. —¡No puedo remediarlo, señor!... ¡Ji, ji, ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN. —¡Te callas!

NICOLASA. —Perdóneme el señor; pero es que no puedo contener la risa viéndole tan ridículo. ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. —¡Puede oírse mayor insolencia!

NICOLASA. —¡Estáis tan gracioso con ese traje!... ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. —¡Te...!

NICOLASA. —¡Os ruego que me perdonéis! ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. —¡Te juro que, como vuelvas nada más que a sonreír, te largo la bofetada más terrible que jamás se haya dado!

NICOLASA. —No, señor, no; ya no me río más. Ya lo veis, señor, cómo no me río.

JOURDAIN. —¡Mucho ojo!... Es preciso que limpies inmediatamente...

NICOLASA. —¡Ji, ji!

JOURDAIN. —Que limpies a conciencia...

NICOLASA. —¡Ji, ji!

JOURDAIN. —Te estoy diciendo que es preciso que limpies la sala y...

NICOLASA. —¡Ji, ji!

JOURDAIN. —¡Otra vez!

NICOLASA. —Dadme ahora mismo una paliza, señor; pero dejad que me ría hasta hartarme. ¡Ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN. —¡Me estás quemando la paciencia!

NICOLASA. —¡Dejadme que me ría! ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. —¡Como llegue a echarte mano!...

NICOLASA. —See... ñor... Es que, si no me río, revie...ento. ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. —Pero ¿se ha visto nunca bellaca semejante, que viene a reírseme insolentemente en mi cara, en lugar de obedecer mis órdenes?

NICOLASA. —¿Qué me manda el señor?

JOURDAIN. —Que cuides, grandísima bribona, de prepararlo todo para

recibir las visitas que aguardo y que comenzarán a venir dentro de un instante.

NICOLASA. —¡Vaya!... ¡Ahora sí que se me han quitado las ganas de más risa! ¡Esas gentes que vienen a veros arman aquí tal barullo que sólo con nombrármelas ya me pongo de mal humor!

JOURDAIN. —Pues, para que no te enfades, prohibiré la entrada en mi casa a todo el mundo...

NICOLASA. —Por lo menos, no deberíais dejar entrar a cierta gente.

ESCENA III

MADAME JOURDAIN, MONSIEUR JOURDAIN, NICOLASA y CRIADOS

MADAME JOURDAIN. —¡Bah! Ya tenemos una nueva historia. ¿Queréis decirme, señor marido, qué significa ese atalaje? ¿Os burláis vos del mundo, enjaezándoos de ese modo, o es que queréis que todo el mundo se desternille de risa al veros?

JOURDAIN. —Sólo los tontos y las tontas, señora mía, podrán reírse de mí.

MADAME JOURDAIN. —Pues yo debo advertiros de que no han aguardado hasta hoy: hace ya tiempo que vuestras maneras sirven de diversión a todo el mundo.

JOURDAIN. —Y ¿queréis decirme quién es todo mundo?

MADAME JOURDAIN. —Todo ese mundo es el de las personas razonables que tienen más luces que vos. Por mi parte, estoy escandalizada de la vida que lleváis. Mi casa ya no la conozco: podrá decirse, y con razón, que en ella todo el año es carnaval y que, desde muy temprano, por temor de que falte el tiempo en el día, comienzan a oírse músicas, y cantos, y tal zarabanda que tienen ya indignada a la vecindad.

NICOLASA. —Tiene razón la señora. No hay manera de ver la casa limpia con esa taifa de pelgares que introducís aquí. No parece sino que andan recogiendo en los zapatos todo el barro de la ciudad para venir a dejarlo en estas salas, y que la pobre de Frasquita eche el hígado fregando los suelos.

JOURDAIN. —Hola, ¡y cómo se le ha soltado la lengua a esta palurda!

MADAME JOURDAIN. —¡Tiene muchísima razón, y más sentido del que vos demostráis! ¡Sería curioso averiguar para qué queréis un maestro de baile a vuestros años!

NICOLASA. —¿Y el maestro de armas, que hace retemblar la casa pisando, y que acabará por desenladrillarnos los suelos?

JOURDAIN. —¡Chitón el ama y la criada!

MADAME JOURDAIN. —¿Queréis aprender a bailar para cuando no os sostengan las piernas?

NICOLASA. —¿Es que pensáis matar a alguien?

JOURDAIN. —¡Silencio, he dicho!... ¡Sois dos ignorantes, sin idea de las cosas!

MADAME JOURDAIN. —Más valiera que os ocuparais en casar a vuestra hija, que ya tiene edad para ello.

JOURDAIN. —Me ocuparé el día en que se le presente un buen partido; pero, mientras tanto, quiero preocuparme de mí mismo, aprendiendo cuanto me agrade.

NICOLASA. —Pues, para que el guiso tenga más substancia, he oído decir que hoy mismo ha tomado un maestro de filosofía.

JOURDAIN. —Precisamente. Quiero aprender a razonar, tener ingenio, para discutir luego con gentes instruidas.

MADAME JOURDAIN. —¿Y cómo no se os ocurre iros a la escuela, para que, a vuestros años, os zurren con las disciplinas?

JOURDAIN. —¡Quién sabe si no lo haga algún día!... ¡Y ahora mismo me dejaría azotar delante de todo el mundo, con tal de saber lo que se enseña en las escuelas!

NICOLASA. —Lo creo; eso hace el pie pequeño.

JOURDAIN. —Puede.

MADAME JOURDAIN. —Y, sobre todo, es muy necesario para el gobierno de la casa.

JOURDAIN. —Absolutamente... Habláis las dos como dos bestias cuya ignorancia produce sonrojo. ¿Queréis que os lo demuestre? A ver: ¿sabe

alguna de vosotras qué es lo que está diciendo ahora mismo?

MADAME JOURDAIN. —¡Claro! Y sé que lo que digo está muy bien dicho, y que vos debierais conducirlos de otro modo.

JOURDAIN. —¡No me refiero a eso!... Os pregunto qué son las palabras que estáis pronunciando.

MADAME JOURDAIN. —Palabras mucho más sensatas que vuestra conducta.

JOURDAIN. —Repito que no hablo de eso. Yo pregunto: esto que hablo con vosotras, lo que estoy diciendo ahora mismo, ¿qué es?

MADAME JOURDAIN. —Un cuento tártaro.

JOURDAIN. —No, no es un cuento. Lo que ambos decimos, lo que platicamos en este instante.

MADAME JOURDAIN. —¿Qué? Acaba...

JOURDAIN. —¿Cómo se llama?

MADAME JOURDAIN. —Se llama... ¡como cada uno lo quiera llamar!

JOURDAIN. —¡Se llama prosa, ignorante!

MADAME JOURDAIN. —¿Prosa?

JOURDAIN. — Sí, prosa. Todo lo que es prosa no es verso, y todo lo que no es verso, no es prosa. ¡Ea, aquí tienes lo que es estudiar! ... Y tú: ¿Tú sabes lo que hay que hacer para pronunciar la U?

NICOLASA. — ¿Cómo?

JOURDAIN. — A ver... ¿Qué es lo que haces cuando dices U?

NICOLASA. —¿Qué?

JOURDAIN. —Dilo, para que lo veas.

NICOLASA. —U.

JOURDAIN. —¿Qué has hecho?

NICOLASA. —Decir U.

JOURDAIN. — Sí; pero cuando dices U, ¿qué es lo que haces?

NICOLASA. —Lo que el señor me manda.

JOURDAIN. —¡Oh, es curioso tenérselas que haber con estas idiotas!... Lo que tú haces es sacar el hocico y acercar la mandíbula de arriba a la de abajo. U. ¿Lo estás viendo? U. ¿Ves la mueca que hago? U.

NICOLASA. —Sí, es verdad.

MADAME JOURDAIN. —¡Es admirable!

JOURDAIN. —¿Y si oyerais aquello de O, y DA, DA, y FA, FA?

MADAME JOURDAIN. —Y todo ese galimatías, ¿qué significa?

NICOLASA. —¿De qué mal cura?

JOURDAIN. —Es irritante tropezar con mujeres tan imbéciles!

MADAME JOURDAIN. —¡Bah! A toda esa gente, con sus boberías, debieras mandarla a paseo.

NICOLASA. —Sobre todo, a ese trapacero de maestro de armas, que me deja los muebles con un dedo de polvo.

JOURDAIN. —¡Hola!... ¡Parece que la has tomado con el maestro de armas! Pero voy a hacerte ver ahora mismo tu impertinencia. (Hace traer dos floretes y da uno a Nicolasa.) Toma. Razón demostrativa: Posición del cuerpo. Para parar en cuarta no hay más que hacer así ... Para parar en tercia, esto... Nada más; y ¡ya puedes estar segura de que no hay en el mundo quién te mate! ¿Qué? ¿No es maravilloso llevar esta seguridad en sí mismo cuando uno va a batirse? Anda..., atácame para que te convenzas.

NICOLASA. —Vamos a ver... (Nicolasa lo acomete, dándole una zurra.)

JOURDAIN. —¡Bueno está!... ¡Bueno!... ¡Que el diablo te lleve, granuja!

NICOLASA. —¿No me dijisteis que atacara?

JOURDAIN. —Sí, pero me acometes en tercia antes de haber atacado en cuarta; y, además, te impacientas y no aguardas a que yo pare.

MADAME JOURDAIN. —¡Estas extravagancias os han hecho perder el juicio!... Y todo ello viene desde que os dio por la nobleza.

JOURDAIN. —Ese fue mi primer momento de lucidez, porque siempre será mejor alternar con nobles que frecuentar relaciones plebeyas.

MADAME JOURDAIN. —¡Qué duda cabe!... ¡Se gana mucho codeándose con la nobleza! No hay más que ver el negocio que habéis hecho con ese buen mozo de señor conde, por el que os ha entrado verdadera debilidad.

JOURDAIN. —¡Alto ahí, señora mía, y pensad en lo que decís!... No sabéis de quién habláis, cuando habláis de él con ligereza. Se trata de un personaje mucho más importante de lo que podéis imaginar: de un caballero que goza de consideración en la corte, y que habla con el rey ni más ni menos que como yo hablo con vosotras... y ¿no es para mí un honor que vean a una persona tan encopetada frecuentar mi casa, llamarme su querido amigo y tratarme como de igual a igual?... ¿Y las distinciones que usa conmigo? Delante de todo el mundo me colma de tales agasajos que yo mismo me avergüenzo.

MADAME JOURDAIN. —Sí, sí; muchas distinciones y agasajos para que aflojéis vuestra bolsa.

JOURDAIN. —¿Y qué? ¿No es un honor prestar a un hombre de su rango? ¿Qué menos puedo hacer por un caballero que me llama su querido amigo?

MADAME JOURDAIN. —¿Y él, qué hace por vos?

JOURDAIN. —Cosas que asombrarían si se supieran.

MADAME JOURDAIN. —¿Cuáles?

JOURDAIN. —¡Basta, porque no puedo dar explicaciones! Sabed únicamente que si yo le hice algún anticipo, me reembolsará íntegramente mi dinero.

MADAME JOURDAIN. — Sí, sí; aguardad un poco.

JOURDAIN. —¡Me ha dado su palabra de honor!

MADAME JOURDAIN. —¡Vaya un romance!

JOURDAIN. —¡Por Dios que estáis terca! Os digo que me cumplirá su palabra, estoy seguro.

MADAME JOURDAIN. —Y yo estoy persuadida de que no os la cumple, y de que os engaña con sus arrumacos.

JOURDAIN. —Callaos, que aquí llega.

MADAME JOURDAIN. —Es lo único que nos faltaba. Apostaría a que viene por dinero. ¡Me empacha nada más que verle!

JOURDAIN. —¡Callad, os repito!

ESCENA IV

DORANTE, MONSIEUR JOURDAIN, MADAME JOURDAIN y NICOLASA

DORANTE. —¡Mi querido amigo! ¿Qué tal?

JOURDAIN. —Muy bien, señor, para serviros.

DORANTE. —Y a vos, señora, ¿cómo os va?

MADAME JOURDAIN. —Tirando de la vida.

DORANTE. —Pero, ¿qué es esto, amigo mío? Os encuentro hecho un brazo de mar.

JOURDAIN. —Ya veis ...

DORANTE. —¡Y qué porte que os da este traje!... Bien podríais competir en arrogancia con los jóvenes más apuestos de nuestra sociedad.

JOURDAIN. —¡Bah!...

MADAME JOURDAIN (Aparte.) —¡Ya le rasca donde le pica!...

DORANTE. —Volveos... ¡Intachable!

MADAME JOURDAIN (Aparte.) —Tan lerdo por detrás como por delante.

DORANTE. —Tenía verdadera impaciencia de veros. Sois el hombre a quien más estimo en el mundo, y esta mañana he vuelto a hablar de vos en la cámara de su majestad.

JOURDAIN. —Me hacéis demasiado honor. (A MADAME Jourdain.) ¡En la cámara de su majestad!

DORANTE. —Pero, cubríos...

JOURDAIN. —Sé el respeto que os debo, señor.

DORANTE. —Excusaos de ceremonias conmigo, os lo ruego.

JOURDAIN. —Señor...

DORANTE. —Cubríos, porque entre amigos...

JOURDAIN. —No soy más que un servidor vuestro.

DORANTE. —Pues no me cubriré si no os cubrís vos.

JOURDAIN. —Prefiero la incorrección a seros importuno.

DORANTE. —Soy vuestro deudor, como sabéis.

MADAME JOURDAIN (Aparte.) —¡Y tanto como lo sabemos!

DORANTE. —En varias ocasiones me habéis prestado dinero generosamente, y, en verdad, os estoy reconocido.

JOURDAIN. —¿Os burláis de Mí, señor?

DORANTE. —Pero yo sé pagar lo que se me presta y reconocer los favores que se me hacen.

JOURDAIN. —¿Quién lo duda?

DORANTE. —Quiero liquidar con vos, y he venido a que ajustemos nuestras cuentas.

JOURDAIN (Bajo a su mujer.) —¿Oís? ¿Comprendéis ahora vuestra impertinencia señora?

DORANTE. —Soy hombre que le gusta pagar cuanto antes.

JOURDAIN (Bajo, a MADAME Jourdain.) ¿Qué os decía yo?

DORANTE. —Veamos qué es lo que os debo.

JOURDAIN (Bajo a su mujer.) —¡Ved vuestras ridículas sospechas!

DORANTE. —¿Recordáis bien todas las cantidades que me habéis prestado?

JOURDAIN. —Creo que sí; pero podemos ver mis anotaciones. Aquí está... Una entrega de doscientos lises.

DORANTE. —Es Verdad.

JOUP—DAIN. —Otra entrega de ciento veinte.

DORANTE. —Sí.

JOURDAIN. —En otra ocasión, ciento cuarenta.

DORANTE. —Tenéis razón.

JOURDAIN. —Estas tres partidas suman cuatrocientos sesenta lises, o sean cinco mil sesenta libras.

DORANTE. —La cuenta está exacta. Cinco mil sesenta libras.

JOURDAIN. —Mil ochocientos treinta y dos libras a vuestro plumajero.

DORANTE. —¡Justo!

JOURDAIN. —Dos mil setecientos ochenta libras a vuestro sastre.

DORANTE. —¡Cabal!

JOURDAIN. —Cuatro mil trescientas setenta y nueve libras, doce sueldos y ocho dineros al especiero.

DORANTE. —Doce sueldos y ocho dineros: esa es la cuenta justa.

JOURDAIN. —Por último, a vuestro guarnicionero, mil setecientos cuarenta y ocho libras, seis sueldos y cuatro dineros.

DORANTE.—Todas las partidas son exactas. Y ¿ascienden a... ?

JOURDAIN. —Suma total, quince mil ochocientas libras.

DORANTE. —¡Justo, justo! ¡Quince mil ochocientas libras!... Agregad ahora doscientos doblones que me vais a dar y tendremos diez y ocho mil

francos en cuenta redonda, que os pagaré en la primera ocasión.

MADAME JOURDAIN (Bajo, a su marido.) —¿Qué?... ¿Me he equivocado?

JOURDAIN (Bajo a su mujer.) —¡Dejadme en paz!

DORANTE. —¿Si os contraría el entregarme esa suma?...

JOURDAIN. —De ningún modo...

MADAME JOURDAIN (Bajo, a Jourdain). —Este hombre te toma por una vaca de leche.

JOURDAIN (Bajo, a, su esposa). —¡Callad!

DORANTE. —Repito que si os incomoda iré a buscar ese piquillo a otra parte.

JOURDAIN. —No, señor.

MADAME JOURDAIN (Bajo, a su marido). —¡No estará satisfecho hasta que os haya arruinado!

JOURDAIN (Bajo, a su mujer). —¿No os callaréis?

DORANTE. —Si os ocasiona la menor dificultad, no tenéis más que decírmelo...

JOURDAIN. —Nada de eso, señor.

MADAME JOURDAIN (Bajo, a Jourdain). —¡Es un verdadero truhán!

JOURDAIN (Bajo, a su mujer). —¡Silencio, os digo!

MADAME JOURDAIN. —¡Os chupará hasta el último maravedí!

JOURDAIN. —¿Pero no os callaréis?

DORANTE. —Son muchas las personas a quienes podría recurrir y que me anticiparían con gusto cuanto les pidiera; pero, siendo vos mi mejor amigo, he supuesto que me lo llevaríais a mal si me dirigiera a cualquier otro.

JOURDAIN. —Me hacéis demasiado honor, y ahora mismo voy a complaceros en vuestro deseo.

MADAME JOURDAIN (Bajo, a Jourdain). —¡Cómo! ¿Todavía le vais a dar más?

JOURDAIN (Bajo, a su mujer). —¿Qué le he de hacer? ¿Queréis que me niegue a un hombre de su condición, y que ha hablado de mí esta mañana en la cámara del rey?

MADAME JOURDAIN (Bajo, a su marido, que sale). —¡Anda, que eres un bobo de remate!

ESCENA V

DORANTE, MADAME JOURDAIN y NICOLASA

DORANTE. —Parecéis muy triste, señora; ¿qué os pasa?

MADAME JOURDAIN. —Que, sin que se me haya hinchado, tengo la cabeza más gorda que el puño.

DORANTE. —¿Qué es de vuestra hija, que no se la ve?

MADAME JOURDAIN. —Se encuentra tan a gusto donde está...

DORANTE. —¿Cómo anda?

MADAME JOURDAIN. —Anda con sus pies.

DORANTE. —¿Por qué no venís una de estas noches a ver el baile y la representación que dan en palacio?

MADAME JOURDAIN. —No es mala idea; ¡porque tenemos unas ganas de reír! ...¡Si supierais las ganas de reír que tenemos!

DORANTE. —Tan bella y con un carácter tan jovial, habréis tenido en vuestra juventud un enjambre de adoradores.

MADAME JOURDAIN. —¡Recaramba, señor, que aun no estoy en la decrepitud ni chocheando!

DORANTE. —Perdonadme, señora, que no haya reparado en vuestra frescura. ¡Soy tan distraído! Os ruego excuséis mi impertinencia.

ESCENA VI

MONSIEUR JOURDAIN, MADAME JOURDAIN, DORANTE y NICOLASA.

JOURDAIN. —Aquí tenéis cien luises, contantes y sonantes.

DORANTE. —Señor Jourdain..., os reitero una vez más mi adhesión y ardo en impaciencia por poderos ser útil en la corte.

JOURDAIN. —Muy reconocido...

DORANTE. — Si vuestra esposa desea asistir a las diversiones de palacio, tendré el gusto de proporcionarle uno de los mejores sitios de la sala.

MADAME JOURDAIN. —Beso a usted la mano, señor mío.

DORANTE (Bajo, a Jourdain). —Como os lo indicaba en mi carta, nuestra encantadora marquesa vendrá luego para asistir a la comida y al baile. Además, le he arrancado la promesa de que aceptará el agasajo que queréis ofrecerle.

JOURDAIN. —Retirémonos un poco más allá, por si acaso.

DORANTIE. —Como hace ocho días que no nos vemos, no he podido daros cuenta de lo ocurrido a propósito del diamante que me entregasteis para que se lo regalara de vuestra parte... ¡Me ha costado Dios y ayuda vencer sus escrúpulos, y hasta hoy mismo no he logrado resolverla a que lo acepte!

JOURDAIN. —¿Y qué le ha parecido?

DORANTE. —¡Maravilloso!... Y, o mucho me equivoco, o la belleza de esa joya ha de influir en vuestro favor de un modo admirable.

JOURDAIN. —¡El cielo lo permita!

MADAME JOURDAIN (A Nicolasa) —Teniéndole al lado pierde el tino y no

acierta a separarse de él.

DORANTE. —La he ponderado, como se merece, lo rico del regalo y la intensidad de vuestro amor.

JOURDAIN. —Vuestras bondades me alarman, me confunden y me colocan en el trance más difícil del mundo, véndoos a vos, una persona de vuestras prendas, descender por mí hasta el extremo que lo hacéis.

DORANTE. —¿Queréis chancearos? Entre amigos no rezan los escrúpulos. ¿No haríais vos por mí otro tanto llegada la ocasión?

JOURDAIN. —¿Quién lo duda?... ¡De todo corazón os lo fío!

MADAME JOURDAIN (A Nicolasa). —¡No lo puedo aguantar! Su presencia es como una losa que me cayera encima.

DORANTE. —Tratándose de servir a un amigo, yo no reparo en medios. Por eso, cuando os confiasteis a mí expresándome el fuego en que os había prendido esta linda marquesa, cuya casa yo frecuentaba, inmediatamente, de buena voluntad, me ofrecí a vos como mediador de vuestras pretensiones.

JOURDAIN. —Es cierto; y esa solicitud vuestra es la que me agobia.

MADAME JOURDAIN (A Nicolasa), —¡Pero no se irá nunca!

NICOLASA. —Hacen muy buenas migas.

DORANTE. —Habéis dado en el flaco, conduciéndoos por la mejor vereda para llegar hasta su corazón. No hay cosa que prive tanto a una mujer como los despilfarros hechos en su obsequio; y vuestras repetidas serenatas, vuestras flores de todos los días, aquellos sorprendentes fuegos de artificio quemados sobre el agua, el diamante que le habéis enviado, y la fiesta que le preparáis, todo ello le ha hablado más persuasivamente de vuestro amor que las palabras que vos mismo hubierais podido decirle.

JOURDAIN. —No habrá gastos que yo no haga, si ellos han de ayudarme en mis deseos. No hay para mí mayor atractivo que los encantos de una noble dama, y este honor estoy decidido a adquirirlo al precio de cuanto poseo.

MADAME JOURDAIN (A Nicolasa).—¿Qué se estarán diciendo? ... Acércate con suavidad y alarga la oreja.

DORANTE. —En breve gozaréis del hechizo de su presencia y vuestros ojos tendrán lugar de satisfacerse.

JOURDAIN. —Para que estemos libres, he dispuesto que mi mujer vaya a almorzar a casa de mi hermana, donde pasará toda la tarde.

DORANTE. —Es una precaución muy atinada, pues vuestra esposa hubiera podido estorbarnos. Ya he dado en vuestro nombre las órdenes necesarias al cocinero y he dispuesto todo lo conveniente para el baile. Es composición mía, y, si los ejecutantes interpretan la idea, estoy seguro de que lo encontrará...

JOURDAIN (Que echa de ver a Nicolasa escuchando, le da un bofetón). —¡Hola!... ¡Sois una impertinente!... (A Dorante.) Salgamos, si queréis.

ESCENA VII

MADAME JOURDAIN Y NICOLASA

NICOLASA. —La curiosidad me ha costado cara; pero hemos descubierto que hay gato encerrado. Hablaban de un asunto del que no quieren que vos os enteréis.

MADAME JOURDAIN. —Mis sospechas no son de ahora; ya hacía tiempo que recelaba de mi marido. Y mucho me engaño, o tenemos amoríos de por medio; pero yo he de descubrir lo que sea... Pensemos en mi hija. Ya sabes que Cleonte la ama: me agrada ese hombre, y estoy decidida a ayudarlo en sus pretensiones y a casarlo con Lucila, si puedo.

NICOLASA. —No quepo en mí de gozo oyéndoos hablar así; porque si a vos el amo os agrada, no me agrada a mí menos el criado; y yo pensaba que, a la sombra de la de ellos, podría también celebrarse nuestra boda.

MADAME JOURDAIN. —Anda, ve a buscarle de parte mía; dile que venga a verme ahora mismo, para que juntos pidamos a mi marido la mano de Lucila.

NICOLASA. —¡Allá me voy, corriendo y más alegre que unas pascuas! No podíais darme una comisión más de mí agrado. (MADAME Jourdain sale.) ¡Cómo voy a regocijar a todos!...

ESCENA VIII

CLEONTE, COVIELLE y NICOLASA

NICOLASA. —¡Oh, y qué a tiempo llegáis!... Soy portadora de júbilos, y vengo...

CLEONTE. —¡Aparta, pérfida, no vengas a distraerme con tus engañosas palabras!

NICOLASA. —Es así como recibís...

CLEONTE. —¡Aparta, te repito, y ve a decirle a la infiel de tu ama que nunca más podrá abusar de la extremada candidez de Cleonte!

NICOLASA. —¿Qué mala hierba habéis pisado?... Explícame tú, mi Covielle, lo que significa todo esto.

COVIELLE. —¿Tu Covielle, malvada?... Vamos, quítate pronto de mi vista, esperpento, y déjame en paz.

NICOLASA. —¿Cómo?... ¿Tú a mí con esas?...

COVIELLE. —¡Que te quites de mi vista te digo, y no vuelvas a hablarme en tu vida!

NICOLASA. —¡Diantre! ¿Qué mosca les ha picado?... Vamos a informar del hecho a mi ama. (Vase.)

ESCENA IX

CLEONTE y COVIELLE

CLEONTE. —¿Se puede tratar de este modo a un amante?... ¡A un amante, el más fiel y el más apasionado de los amantes!

COVIELLE. —¡Es espantoso lo que nos ha hecho!

CLEONTE. —Mostrar por una persona todo el ardor y toda la ternura imaginables; no amar otra cosa en el mundo sino a ella y hacerla dueña de su albedrío; consagrarle todas las atenciones, todos los deseos, todas las alegrías; no hablar más que de ella, no pensar más que en ella, soñar con ella, respirar por ella, alentar el corazón sólo por ella... ¡Y he aquí la justa recompensa a mi entera adhesión! Tras de dos días de no verla —que han sido para mi como dos espantosos siglos— la encuentro casualmente: a su vista, mi corazón se siente transportado, el júbilo brilla en mi rostro y, con arrobamiento, vuelo hacia ella; pero la infiel aparta de la mía su mirada, y pasa bruscamente como si jamás en su vida me hubiera visto.

COVIELLE. —¡Yo digo otro tanto!

CLEONTE. —¿Puede darse, Covielle, perfidia semejante a la de esa ingrata de Lucila?

COVIELLE. —¿Y a la de esa truhana de Nicolasa, señor?

CLEONTE. —¡Después de tan ardientes sacrificios, de tanto suspirar y de los votos hechos a su belleza!

COVIELLE. —¡Después de tan asiduos homenajes, de tantos cuidados y servicios como la tributé en la cocina!

CLEONTE. —¡Tantas lágrimas derramadas a sus pies!

COVIELLE. —¡Tantos cubos de agua que saqué del pozo por ella!

CLEONTE.—¡Tanto ardor como la he demostrado, queriéndola más que a

mi mismo!

COVIELLE. —¡Los calores que yo he pasado dando vueltas al asador en lugar suyo!

CLEONTE. —¡Y huye de mí con desprecio!

COVIELLE. —¡Y me vuelve las espaldas descaradamente!

CLEONTE. —¡Es una perfidia digna del más duro castigo!

COVIELLE. —¡Es una traición que merece mil soplamocos!

CLEONTE. —¡Que no se te ocurra en la vida venirme a hablar de ella, te lo ruego!

COVIELLE. —¿Yo?... ¡Dios me libre!

CLEONTE. —No me vengas queriendo disculpar su inconstancia.

COVIELLE. —No temáis tal cosa.

CLEONTE. —Porque te advierto que todas las razones que encuentres para disculparla serán inútiles.

COVIELLE. —Pero, ¿quién piensa en eso?

CLEONTE. —Quiero mantener mi resentimiento y romper relaciones con ella.

COVIELLE. —Me parece muy bien.

CLEONTE. —Probablemente, ese señor conde que visita la casa la ha entrado por el ojo, y, como si lo viera, su presunción se deja deslumbrar por el brillo de los cuarteles... Pero le juro por mi honor que sabré prevenirme contra el desbordamiento de su inconstancia; que he de seguir sus pasos por el camino de mudanzas a que la veo correr, para que no le quepa la satisfacción de haberme desdeñado.

COVIELLE. —Bien pensado; y, por mi parte, meto baza con vos en el juego.

CLEONTIE. —Alienta mi despecho y apoya mi resolución. Contra todos los

residuos de amor que aún pudieran hablarme de ella. Te ruego encarecidamente que me digas lo más malo que se te ocurra de su persona, pintándomela de tal modo que me parezca despreciable. Indícame, haciéndomelos resaltar, todos los defectos que hayas podido advertir en ella para que sienta hastío.

COVIELLE. —¿Qué os diré yo, señor, de esa doña Melindres, presuntuosa y ridícula, demasiado burda para inspiraros un amor semejante?... No encuentro en ella nada que no sea mediocre, y os tropezaréis con otras cien que sean más dignas de vos. Si la miramos a los ojos, tiene unos ojillos pequeñines...

CLEONTE. —Es verdad: los ojos son pequeños; pero tan llenos de fuego, con tanto brillo, tan penetrantes y con tal atractivo que, en el mundo, no se podrán ver otros iguales.

COVIELLE. —Tiene la boca grande.

CLEONTE. —Sí; pero con una gracia que no hallarás en las demás; y esa boca, en viéndola, inspira tales deseos que es la más atrayente y amorosa del mundo.

COVIELLE. —En cuanto a la estatura, no es alta.

CLEONTE. —Ni alta ni baja: lo que se dice un talle cómodo.

COVIELLE. —¿Y aquel afectado abandono en sus palabras y en sus ademanes?

CLEONTE. —También es verdad; pero todo ello la agracia. Sus maneras tienen un no sé qué tan atrayente..., un hechizo que se insinúa y penetra hasta lo íntimo del corazón.

COVIELLE. —En lo que toca a su ingenio...

CLEONTE. —¡Oh, Covielle! Su ingenio es el más fino y el más delicado.

COVIELLE. —Su conversación...

CLEONTE. —¡Encantadora conversación!

COVIELLE. —¿Y por qué ha de estar siempre seria?

CLEONTE. —¿Preferirías una de esas mujeres, siempre de buen humor y a todas horas con la sonrisa en los labios? ¿Hay nada más impertinente que la risa cuando no viene a cuento?

COVIELLE. —¡No me negaréis que es la mujer más caprichosa de la tierra!

CLEONTE. —De acuerdo con que es caprichosa; pero a las mujeres bonitas todo les sienta bien y todo se les soporta.

COVIELLE. —Por este camino, señor, lo único que saco en claro son las ganas que tenéis de amarla para siempre.

CLEONTE. —¿Yo? ¡Antes la muerte! Y bien quisiera odiarla tanto como la he amado.

COVIELLE. —¿Cómo es posible, hallándola tan repleta de perfecciones?

CLEONTE. —Eso mismo hará que mi venganza sea más ruidosa y pondrá bien de manifiesto la entereza de mi corazón; aborrecerla, encontrándola llena de belleza, de atractivos y dulzura... Hela aquí.

ESCENA X

CLEONTE, LUCILA, COVIELLE y NICOLASA

NICOLASA (A Lucila). —A mi me han echado la escandalosa.

LUCILA. —Tiene que ser lo que te he dicho. Pero aquí está.

CLEONTE. —No quiero ni hablarte.

COVIELLE. —Y yo os he de imitar.

LUCILA. —¿Qué es esto, Cleonte?... ¿Qué tenéis?

NICOLASA. —¿Qué tenéis, Covielle?

LUCILA. —¿Por qué estáis enojado?

NICOLASA. —¿De qué viene tan mal humor?

LUCILA. —¿Estáis mudo, Cleonte?

NICOLASA. —¿Has perdido el habla, Covielle?

CLEONTE. —¡Se necesita ser malvada!

COVIELLE. —¡Hace falta ser Judas!

LUCILA. —Ya veo que nuestro último encuentro os ha turbado el juicio.

CLEONTE. —Cada cual reconoce su obra.

NICOLASA. —El recibimiento de esta mañana te ha amoscado.

COVIELLE. —Es fácil descubrir la hilaza.

LUCILA. —¿No es verdad, Cleonte, que este es el motivo de vuestro despecho?

CLEONTE. —Sí, pérfida; ¡ya que me obligáis a decíroslo, ese es!... Pero os advierto que no triunfaréis en vuestra infidelidad, como habéis pensado; que he de ser yo el primero en romper con vos, para que no os toméis la ventaja de despedirme... Muchas penas me costará arrancar el amor que os tengo; me causará una gran pesadumbre y sufriré algún tiempo; pero, al fin, todo habrá terminado, y antes me partiré, el corazón que dejarme vencer por la debilidad de tornar a vuestros amoríos.

COVIELLE. —Ídem por ídem.

LUCILA. —Mucho ruido por bien poca cosa. Voy a deciros, Cleonte, el motivo que me obligó a apartarme de vos esta mañana.

CLEONTE. —No, no quiero escuchar.

NICOLASA. —Quiero que te enteres de por qué pasamos tan de prisa.

COVIELLE. —No me da la gana de enterarme.

LUCILA. —Sabed que esta mañana...

CLEONTE. —Os digo que no.

NICOLASA. —Has de saber que...

COVIELLE. —No, traidora.

LUCILA. —Escucha.

CLEONTE. —Hemos acabado.

NICOLASA. —Déjame que te diga.

COVIELLE. —Estoy sordo.

LUCILA. —¡Cleonte!

CLEONTE. —¡No!

NICOLASA. —¡Covielle!

COVIELLE. —¡Nada!

LUCILA. —¡Aguarda!

CLEONTE. —¡Cuentos!

NICOLASA. —¡Escúchame!

COVIELLE. —¡Patrañas!

LUCILA. —¡Un momento!

CLEONTE. —¡No, por cierto!

NICOLASA. —Un poco de paciencia.

COVIELLE. —¡Tarará!

LUCILA. —¡Dos palabras!

CLEONTE. —No; esto acabó.

NICOLASA. —¡Una palabra!

COVIELLE. —Ya está cerrado el trato.

LUCILA. —Pues bien; ya que no queréis escucharme, manteneos en vuestra obstinación y haced lo que os acomode.

NICOLASA. —¡Ya que te pones de ese modo, tómalo como quieras!...

CLEONTE. —¡Sepamos de una vez el motivo de tan galante recibimiento!

LUCILA. —No tengo ganas de dar explicaciones.

COVIELLE. —Cuéntame esa historia.

NICOLASA. —No estoy para regalarte el oído.

CLEONTE. —Dime...

LUCILA. —No digo nada.

COVIELLE. —Cuéntame...

NICOLASA. —No tengo qué contar.

CLEONTE. —Por favor...

LUCILA. —Os digo que no.

COVIELLE. —Por caridad...

NICOLASA. —Perdone, hermano.

CLEONTE. —Os lo ruego.

LUCILA. —Dejadme.

COVIELLE. —¡Por estas!...

NICOLASA. —¡Aparta de ahí!

CLEONTE. —¡LUCILA!

LUCILA. —No.

COVIELLE. —¡Nicolasa!

NICOLASA. —¡Punto en boca!

CLEONTE. —¡Por Dios bendito!...

LUCILA. —No quiero.

COVIELLE. —Háblame.

NICOLASA. —Ni palabra.

CLEONTE. —Desvaneced mis dudas.

LUCILA. —No me tomaré la molestia.

COVIELLE. —Cura Mis males.

NICOLASA. —No Me da la gana.

CLEONTE. —Pues bien; ya que os es indiferente libertarme o no de mis penas y justificar el trato indigno que habéis dado a mis ansias, me veis ahora por última vez; huyo de vos, ingrata, y voy lejos de aquí a morir de

aflicción y de amor.

COVIELLE. —Yo seguiré sus pasos.

LUCILA. —¡Cleonte!

NICOLASA. —¡Covielle!

CLEONTE. —¿Eh?

COVIELLE. —¿Llamáis?

LUCILA. —¿Adónde vas?

CLEONTE. —¡Adónde he dicho!

COVIELLE. —¡A morirnos!

LUCILA. —¿Vas a morir, Cleonte?

CLEONTE. —¡Sí, cruel, puesto que tú lo quieres!

LUCILA. —¿Yo desear tu muerte?

CLEONTE. —Sí.

LUCILA. —¿Quién os lo ha dicho?

CLEONTE. —¿No es desear mi muerte negaros a aclarar mis sospechas?

LUCILA. —¿Y es culpa mía? Si os hubierais dignado escucharme, ¿no os habría yo explicado que la aventura de esta mañana, de que tanto os quejáis, ha sido motivada por la presencia de una anciana tía, que a todo trance quiere persuadirnos de que la sola proximidad de un hombre basta para deshonorar a una doncella?... ¿Que continuamente nos sermonea sobre este tema y nos pinta a los hombres como demonios, de los que hay que huir?...

NICOLASA. —¡Ya tenéis aclarado el secreto!

CLEONTE. —¿No me engañáis, Lucila?

COVIELLE. —¿No querrás darme la castaña?

LUCILA. —Nada más cierto que lo que acabo de decir.

NICOLASA. —Tal y como ocurrió.

COVIELLE. —¿Nos damos por vencidos?

CLEONTE. —¡Ah, Lucila...; una sola palabra de tu boca vuelve el sosiego a mi corazón: es tan fácil dejarse persuadir por quien se ama!

COVIELLE. —¡Qué fácilmente nos dejamos acariciar por estos endiablados animalitos!

ESCENA XI

MADAME JOURDAIN, CLEONTE, LUCILA, COVIELLE y NICOLASA

MADAME JOURDAIN. —Celebro el encontraros Cleonte, porque venís a tiempo. Mi marido llega: disponeos a pedirle la mano de Lucila.

CLEONTE. —¡Oh señora, qué dulces palabras y cómo halagan mis deseos! ¿Podría yo recibir una orden más grata ni un favor máspreciado?

ESCENA XII

JOURDAIN, MADAME JOURDAIN, CLEONTE, LUCILA, COVIELLE Y NICOLASA

CLEONTE. —Señor: no he querido valerme de nadie para haceros una demanda que medito hace tiempo, y que, por lo mucho que me afecta, debo ser yo mismo quien la haga. Así, pues, sin más rodeos, os suplico me concedáis el honor de ser vuestro yerno.

JOURDAIN. —Antes de responderos os suplico me digáis si sois noble.

CLEONTE. —Señor: la generalidad no vacilaría en contestar a vuestra pregunta. El sentido de las palabras se tergiversa fácilmente, y en el día de hoy, en que las costumbres parecen autorizar el robo, cada cual se aplica ese título sin escrúpulo alguno. Por mi parte, os lo confieso, tengo sobre este punto un concepto algo más delicado. Creo que toda impostura es indigna de un hombre probo, y que es una bajeza disfrazar la condición en que hemos nacido para presentarse al mundo con un nombre usurpado y queriendo hacerse pasar por lo que no se es. Ciertamente que mis antecesores ocuparon cargos distinguidos, y que yo mismo, después de seis años de servicios en el ejército, he conseguido colocarme en una posición bastante honrosa; pero con todo ello, y no queriendo adjudicarme una condición que otros en mi lugar creerían poder aplicarse, os digo francamente que no soy noble.

JOURDAIN. —Dadme la mano... Mi hija no es para vos.

CLEONTE. —¿Cómo?

JOURDAIN. —No sois noble, no seréis ya mi yerno.

MADAME JOURDAIN. —¿Y qué queréis decirnos con vuestra nobleza? ¿Acaso pertenecemos nosotros a la casta de San Luis?

JOURDAIN. —¡Callaos, que ya os veo venir, señora!

MADAME JOURDAIN. —¿De quién descendemos los dos, sino de padres muy decentes, pero plebeyos?

JOURDAIN. —¡Puf, qué lenguaje!

MADAME JOURDAIN. —Vuestro padre, ¿no fue mercader como el mío?

JOURDAIN. —¡Malditas sean todas las mujeres! ¡No han de callar jamás, y cuando abren la boca es para echarlo todo a perder!... Si vuestro padre fue tendero, peor para él; del mío sólo las malas lenguas lo podrán decir. Y basta ya: lo único que he de manifestaros es que quiero tener un yerno noble.

MADAME JOURDAIN. —A vuestra hija lo que habéis de buscarle es un marido que le convenga; y vale más un hombre honrado, rico y buen mozo que un noble pobretón y contrahecho.

NICOLASA. —¡Esa es la verdad! Y si no, acordaos del hijo de aquel señor de nuestro pueblo, tan empingorotado; más bobo y más patizambo no lo hay.

JOURDAIN. —¡Calla tú, impertinente; que te has de entremeter a cada paso en la conversación! Mi hija es bastante rica, y lo único que se ha de procurar son honores; por eso quiero que sea marquesa.

MADAME JOURDAIN. —¡Marquesa!

JOURDAIN. —Sí, marquesa.

MADAME JOURDAIN. —¡Dios me libre!

JOURDAIN. —¡Es cosa decidida!

MADAME JOURDAIN. —¡Pues no he de consentirlo!... ¿Cómo he de consentir que un yerno pueda echar en cara a mi hija la condición de sus padres, y que el día de mañana mis nietos se avergüencen de llamarme abuela?... ¡Jamás consentiré en uno de esos matrimonios, que no traen más que un semillero de disgustos! Todo son hablaturías y comentarios: si no la ven, porque no la ven; y si se le ocurrió venir a visitarme en tren de gran señora, y al pasar, distraída, dejó de saludar a algún vecino... ¿para qué quieres más? "¿Habéis visto —dirán— qué tono se va dando la señora marquesa? Pues es la hija de los Jourdain. Todavía, hace algunos

años, se daba por muy satisfecha viniendo a jugar con nosotras; ¡quién le había de decir que iba a verse tan emperejilada y pavoneándose de este modo! Los abuelos, que tenían tienda de paños en la Puerta de los Inocentes, amasaron un buen caudal para sus hijos; ahora están pagándolo, Dios sabe cómo, en el otro mundo, porque no se hacen fortunas por medios honrados"... No, no quiero dar que cotorrear a nadie. Mi hija se casará con un hombre, hombre y nada más, que le esté a ella obligado, y al que yo pueda decirle: "Siéntate ahí y almuerza conmigo."

JOURDAIN. —¡Sentimientos de espíritus mezquinos, apegados a su insignificancia! ¡No replicarme una palabra más! Mi hija será marquesa, a despecho de todo el mundo; y si me apretáis hasta hacerme montar en cólera, la hago duquesa.

MADAME JOURDAIN. —No perdáis las esperanzas, Cleonte. Ven aquí, hija mía; ven a decirle a tu padre resueltamente que o te casas con él o no te casas.

ESCENA XIII

CLEONTE Y COVIELLE

COVIELLE. —¡Buena la habéis hecho con vuestros sentimientos delicados!

CLEONTE. —¿Qué queréis? Mis escrúpulos están por encima de mi conveniencia.

COVIELLE. —¿Pero estáis en vuestros cabales, tomando en serio a un hombre como éste? ¿No veis que está rematado? ¿Qué trabajo os costaba seguirle la corriente en su chifladura?

CLEONTE. —Tienes razón; pero no pensé nunca que fuera necesario acreditar limpieza de sangre para casarse con la hija del señor Jourdain.

COVIELLE. —¡Ja, ja, ja!

CLEONTE. —¿De qué te ríes?

COVIELLE. —De una idea que acaba de ocurrírseme para darle un bromazo a ese loco y haceros conseguir lo que deseáis.

CLEONTE. —¿Cómo?

GOVIELLE. —La ocurrencia es graciosa.

CLEONTE. —¿Qué es?

COVIELLE. —Hace algún tiempo se hizo una mascarada que viene como anillo al dedo para introducirla en la burla que le vamos a jugar a este tipo ridículo. Es una farsa que huele a vaya desde una legua; pero con él podemos arriesgarnos a todo sin recelo, porque es hombre dispuesto a posesionarse de su papel y representar a maravilla cuantos disparates se nos ocurran. Tengo actores y trajes; dejadme a mí conducir la trama.

CLEONTE. —Pero dime...

COVIELLE. —Ahora os lo explicaré todo, pero retirémonos, porque vuelve.

ESCENA XIV

JOURDAIN y el CRIADO

JOURDAIN. —¿Qué diablos es esto?... No tienen otra cosa que echarme en cara más que mi predilección por la grandeza, y para mí no hay nada tan agradable como alternar con ellos. Todo es nobleza y cortesía en el trato... ¡De buena gana diera yo dos dedos de la mano por haber nacido marqués o conde!

CRIADO. —Señor... El señor conde y una dama, a la que conduce de la mano.

JOURDAIN. —¡Vaya por Dios! Aún tenía que dar algunas órdenes... Diles que entren, que vendré al momento.

ESCENA XV

DORIMENA, DORANTE y el CRIADO

CRIADO. —El señor me encargó deciros que estará aquí inmediatamente.

DORANTE. —Está bien.

DORIMENA. —No sé; pero me parece que no obro bien dejándome conducir por vos a una casa en la que no conozco a nadie.

DORANTE. —¿Y qué lugar he de elegir para que mi amor os agasaje, ya que, por huir de la divulgación, habéis descartado vuestra casa y la mía?

DORIMENA. —Pero, ¿por qué no decís que, insensiblemente, un día y otro me obligáis a recibir testimonios de amor, cada vez más insinuantes? Yo he hecho cuanto he podido para defenderme, pero vuestra cortés insistencia, venciendo todos mis reparos, me ha obligado a acceder poco a poco a vuestros deseos. Han menudeado las visitas, y tras ellas las declaraciones aparejadas a serenatas y finezas; después han seguido los presentes... He querido resistirme a todo esto; pero vos, siempre lleno de ánimo y paso a paso, habéis ido ganando mi voluntad, hasta el punto de que, ahora mismo, no respondo de mí; y hasta creo que me conduciréis al matrimonio, del que tanto me había distanciado.

DORANTE. —Ya debierais estar en él, señora. Sois viuda y sólo dependéis de vos; yo soy dueño de mí, y os amo más que a mi vida. ¿Qué es lo que se opone a que me hagáis feliz desde hoy mismo?

DORIMENA. —¡Por Dios!... ¡Es necesario que uno y otro reúnan tantas cualidades para llegar a conseguir una mutua felicidad! Los dos seres más razonables del mundo dudarían siempre de llegar a constituir una unión de la que se hallaran plenamente satisfechos.

DORANTE. —Hacéis mal imaginando tantas dificultades; y tened en cuenta que la experiencia que vos habéis hecho no quiere decir nada para los demás.

DORIMENA. —Mis reflexiones giran siempre alrededor del mismo punto. Los gastos que os he visto hacer me inquietan por dos motivos: uno, porque me obligan a más de lo que quisiera; otro, porque estoy segura, y no os molestéis, de que os cuestan un sacrificio, que yo no debo tolerar.

DORANTE. —¡Callaos, señora, que no merece la pena hablar de tales pequeñeces, y no es por ahí!...

DORIMENA. —Yo sé bien lo que digo. Entre otras cosas, el diamante que me habéis obligado a aceptar es de un precio...

DORANTE. —Vamos, os lo ruego, no deis tanta importancia a una cosa que mi amor juzga indigna de vos, y sufrid... Aquí viene el amo de la casa.

ESCENA XVI

JOURDAIN, DORIMENA, DORANTE y el CRIADO

JOURDAIN. —(Después de hacer dos reverencias se encuentra demasiado próximo a Dorimena.) Un poco más atrás, señora.

DORIMENA. —¿Cómo?

JOURDAIN. —Un paso, si me hacéis el favor.

DORIMENA. —¿Para qué?

JOURDAIN. —Reculad un poco para que pueda hacer la tercera.

DORANTE. —Mi amigo, señora, es un hombre galante, y sabe dar a cada uno lo que merece.

JOURDAIN. —Señora: es una gloria para mí el verme tan afortunado y tan dichoso, al tener el honor que vos habéis tenido la bondad de concederme, haciéndome el honor de honrarme con el favor de vuestra presencia; y si yo tuviera igualmente méritos para merecer un mérito como el que me concedéis, y que el cielo..., envidioso de mi suerte..., me hubiese concedido... el privilegio de verme digno... de...

DORANTE. —¡Basta! La señora, que ya sabe que sois hombre de ingenio, no gusta de cumplidas ceremonias. (Bajo, a Dorimena.) Es un burgués ridículo.

DORIMENA. —(Lo mismo.) Ya lo veo.

DORANTE. —(Alto.) Jourdain es mi mejor amigo.

JOURDAIN. —Me hacéis demasiado favor.

DORANTE. —De una galantería exquisita.

DORIMENA. —Lo tengo en una gran estimación.

JOURDAIN. —Aún no hice nada para merecer su gracia, señora.

DORANTE. —(Bajo, a Jourdain.) ¡Cuidado con hablarle del diamante que le habéis ofrecido!

JOURDAIN. —(Bajo, a Dorante.) ¿Ni siquiera preguntarle si le ha gustado?

DORANTE. —(Bajo, a Jourdain.) Guardaos bien de hacerlo. Sería una falta de corrección; y si queréis comportaros como un verdadero hombre de mundo, haced como si no fuerais vos quien se lo ha regalado. (Alto.) Mi amigo Jourdain dice que está encantado de veros en su casa.

DORIMENA. —Me hace un gran honor.

JOURDAIN. —(Bajo, a Dorante.) ¡Cuánto os agradezco el que habléis por mí de este modo!

DORANTE. —(Bajo, a Jourdain.) ¡Me ha costado un trabajo ímprobo hacerla venir!

JOURDAIN. —(Bajo, a Dorante.) No sé cómo pagaros tantos favores.

DORANTE. —Dice, señora, que le parecéis la criatura más bella del mundo.

DORIMENA. —Favor que me hace...

JOURDAIN. —Sois vos la que hacéis los favores, señora, y...

DORANTE. —Pero ¿comemos?

CRIADOS. —(A Jourdain.) Todo está dispuesto señor.

DORANTE. —Pues a la mesa, y que entren los músicos.

(Los seis cocineros que han preparado el festín bailan. Esta danza forma el tercer intermedio, terminado el cual entran una mesa servida de manjares.)

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

DORANTE, DORIMENA, JOURDAIN, DOS MÚSICOS, UNA CANTANTE y CRIADOS.

DORIMENA. —¿Qué es esto, Dorante?... ¡Es un banquete en toda regla!

JOURDAIN. —¿Os burláis, señora? Mi humilde mesa es indigna de vos. (Se sientan a la mesa.)

DORANTE. —Dice bien: el banquete es indigno de vos, señora; pero, al hablar de ese modo, mi amigo Jourdain me obligó a hacerlos los honores de su casa, ya que habiendo sido yo, que carezco de las condiciones que poseen nuestros amigos, quien lo dispuso todo, no se os podrá ofrecer un festín en el que se hayan observado las reglas del arte. Encontraréis en él incongruencias y barbarismos. ¡Ah, si Damis hubiera intervenido sería otra cosa! Saltarían a la vista su elegancia y su erudición, derrochadas hasta en el más insignificante detalle; y él mismo os elogiaría cada uno de los platos que se sirvieran, obligándoos a confesar su extraordinaria capacidad en el conocimiento de los manjares exquisitos. Os hablaría de un pan de bordes dorados, todo hecho corteza, y que coscurrea al meterle el diente; de un vino de un sabor aterciopelado, aunque su color verde no sea muy excitante; de unas espaldillas de carnero aderezadas con perejil; de un lomo de ternera así de grande, blanco y delicado, que se paladea como pasta de almendras; perdices de un tufillo excitante... y, como obra suya, os hubiera ofrecido un caldo perlado y un pavo cebón, cantonado por cuatro pichoncitos y guarnecido de cebollas y hojas de achicoria. Yo, por mi parte, os declaro mi completa ignorancia; y, como Jourdain ha dicho muy bien, desearía que la comida fuera más digna de vos.

DORIMENA. —Ya veis cómo respondo a vuestros cumplidos: comiendo de todo.

JOURDAIN. —¡Oh!, qué manos más lindas!

DORIMENA. —Las manos son mediocres; pero, sin duda, vos os referís al diamante, que es precioso.

JOURDAIN. —Os engañáis, señora. Y Dios me libre de cometer la incorrección de hablaros de él. Es una piedra vulgar.

DORIMENA. —Estáis muy displicente.

JOURDAIN. —Y vos demasiado bondadosa.

DORANTE. —¡A ver!... Servidnos vinos y servid también a los músicos, que van a hacernos el favor de cantar un brindis.

DORIMENA. —Es una idea exquisita la de sazonar las viandas con música. Nunca me vi tan deliciosamente agasajada.

JOURDAIN. —Es, señora, que...

DORANTE. —Prestemos atención a los músicos; lo que ellos digan valdrá más que todo lo que nosotros pudiéramos decir. (Los músicos y la cantante toman los vasos y cantan acompañados por la orquesta.)

PRIMER BRINDIS

MÚSICOS PRIMERO y SEGUNDO, con Copas en la mano: Para empezar la ronda, ¡oh, Filis!, dadme un dedito no más. La cristalina y frágil copa en vuestras manos adquiere más belleza; vos y el vino os prestáis nuevas armas que acrecientan mi amor; Por siempre vos, el vino y yo juremos un incesante amor. Cuando humedece vuestros finos labios ¡qué saturado de dulzuras queda!, al par que se embellecen. Tanta envidia me dais vos y el vino, que de ambos embriagarme pretendo con locura de amor... Por siempre vos, el vino y yo juremos un incesante amor.

SEGUNDO y TERCER MÚSICOS, a dúo

Bebamos con premura,
que no todos los días
podemos embriagarnos.
Dejemos discurrir
a los tontos acerca
del verdadero goce:

nuestra filosofía
nos dice que el placer está en el jarro.
La sapiencia, los bienes y la gloria
de preocuparnos nunca nos redimen:
el vino solamente
produce dichas en la humana casta.
¡Sus, sus, escancia, mozo, el áureo vino
hasta decirte basta!

ESCENA II

MADAME JOURDAIN, JOURDAIN, DORIMENA, DORANTE, MÚSICOS y CRIADOS

MADAME JOURDAIN. —¡Oh, qué intimidad más agradable! Pero, por lo visto, no contabais conmigo... Ahora me explico vuestro empeño en enviarme a comer con mi hermana. Abajo he encontrado toda una compañía de faranduleros y aquí un banquete de boda. En esto derrocháis vuestra hacienda: en obsequiar a señoras, dándoles comilonas y divirtiéndolas con música y representaciones mientras me mandáis a mí de paseo.

DORANTE. —¿Qué queréis decir, y qué fantasías son esas de suponer que vuestro marido disipa sus bienes y que es él quien invita a esta dama? Tened bien entendido que soy yo; que él no hizo más que cederme su casa, y que vos debierais meditar un poco más lo que decís.

JOURDAIN. —¡Lo habéis oído, impertinente! Es el señor conde quien obsequia a esta distinguidísima señora; quien me hace el honor de utilizar mi casa y de sentarme en su compañía.

MADAME JOURDAIN. —¡Cuentos de camino! Yo sé muy bien lo que me hablo.

DORANTE. —Pero os conviene poner os en cura de vuestra miopía.

MADAME JOURDAIN. —Veo perfectamente, señor; y, además, no soy tan arrimada a la cola que no me haya dado cuenta hace tiempo de lo que ocurre. Es indigno de vos, de todo un conde, alentar, como lo viene haciendo, las extravagancias de mi marido. En cuanto a vos, señora, no es lo más decoroso, en una dama de vuestro rango, traer la discordia a una casa y tolerar que mi marido os galantee.

DORIMENA. —¿Qué significa todo esto! (A Dorante.) ¿Habéis querido burlaros de mí exponiéndome a las necias imaginaciones de esta visionaria? (Se va.)

DORANTE. —¿Adónde vais, señora?

JOURDAIN. —¡Señora!... Dadle toda clase de excusas, señor conde, y procurad que vuelva... (A MADAME Jourdain.) ¡He aquí los frutos de vuestras impertinencias! Me ponéis en evidencia delante de todos y echáis de mi casa a personas tan distinguidas ...

MADAME JOURDAIN. —Yo me río de tanta distinción.

JOURDAIN. —¡Maldita seas!... No sé cómo me detengo, y no te abro la cabeza con todo este servicio del banquete que has venido a perturbar.

(Se llevan la mesa.)

MADAME JOURDAIN. —(Saliendo.) También me río de esas bravatas. Defiendo mi derecho, y tendré de mi parte a todas las mujeres del mundo.

JOURDAIN. —Hace bien en huir de mi cólera... Ha llegado en el instante más inoportuno; cuando yo estaba en vena de decir las cosas más lindas. Jamás me he sentido con tanta inspiración... Pero, ¿qué será esto ?

ESCENA III

COVIELLE, con un disfraz. JOURDAIN y CRIADOS.

COVIELLE. —Señor: yo no sé si tengo el honor de que me conozcáis.

JOURDAIN. —No, señor.

COVIELLE. —Yo os conocí cuando no abultabais más que un comino.

JOURDAIN. —¿A mí?

COVIELLE. —A vos. Eráis el niño más precioso del mundo, y todas las señoras os tomaban en brazos para besaros.

JOURDAIN. —¡Para besarme!

COVIELLE. —Sí. Yo fui íntimo amigo de vuestro difunto padre.

JOURDAIN. —¿De mi difunto padre?

COVIELLE. —Sí. Era un noble y leal caballero.

JOURDAIN. —¿Cómo decís?

COVIELLE. —Digo que era un noble y leal caballero.

JOURDAIN. —¿Mi padre?

COVIELLE. —Sí.

JOURDAIN. —¿Y lo tratasteis mucho?

COVIELLE. —Muchísimo.

JOURDAIN. —¿Y era un caballero?

COVIELLE. —¿Qué duda cabe?

JOURDAIN. —¡Quién entiende a este mundo!

COVIELLE. —¿Por qué?

JOURDAIN. —¡Porque hay imbéciles que se atreven a asegurar que fue comerciante!

COVIELLE. —¿Comerciante? ¡Imposturas de malhablados! No lo fue jamás. Lo único que se podría decir de él es que era servicial y oficioso como nadie; y, siendo inteligentísimo en paños, iba a buscarlos acá y allá, trayéndolos a casa, donde los ofrecía a sus amigos a cambio de dinero.

JOURDAIN. —Estoy encantado de oíros, porque vos podréis dar testimonio de que mi padre fue un caballero.

COVIELLE. —Lo sostendré ante todo el orbe.

JOURDAIN. —Agradecidísimo. ¿Y qué os trae por acá?

COVIELLE. —Después de haber conocido a vuestro noble y difunto padre, como os he dicho, he viajado por todo el mundo.

JOURDAIN. —¡Por todo el mundo!

COVIELLE. —Sí.

JOURDAIN. —Será grande, ¿verdad?

COVIELLE. —¡Mucho!... Pues vuelto apenas de mis largos viajes, movido del interés que me inspira todo lo que con vos se relaciona, vengo a comunicaros la noticia más estupenda.

JOURDAIN. —¿Cuál?

COVIELLE. —Ya sabéis que el hijo del Gran Turco está aquí.

JOURDAIN. —No, no sabía.

COVIELLE. —¡Cómo no! Trae una comitiva maravillosa; todo el mundo va a visitarlo, y se le ha recibido en el país como a un señor de la más elevada jerarquía.

JOURDAIN. —Pues confieso que no sabía nada.

COVIELLE. —Pero lo extraordinario para vos es que se ha enamorado de vuestra hija.

JOURDAIN. —¿El hijo del Gran Turco?

COVIELLE. —Sí, y quiere ser vuestro yerno.

JOURDAIN. —¿Mi yerno el hijo del Gran Turco?

COVIELLE. —El hijo del Gran Turco vuestro yerno. Fui a visitarle, y, como yo entiendo perfectamente su lengua, comenzamos a hablar... Charlamos de varios asuntos, y al final me dijo: "Acciam croc soler onch alá mustaf gidelenum amanaten varahini usare carbulath." Que significa: "¿Conoces a una joven bellísima, hija de un caballero parisiense llamado Jourdain?"

JOURDAIN. —¿El hijo del Gran Turco dijo eso de mí?

COVIELLE. —Eso mismo. Y como le respondiera que os conocía particularmente y que conocía también a vuestra hija, exclamó: "¡Ah! Marababa sahem". Que quiere decir: "¡Ah, estoy loco por ella!"

JOURDAIN. —¿Marababa sahem significa "estoy loco por ella"?

COVIELLE. —Sí.

JOURDAIN. —¡Por vida de Dios! Hacéis bien en decírmelo, porque no hubiera creído jamás que Marababa sahem significara "estoy loco por ella". ¡Es un lenguaje admirable el turco!

COVIELLE. —¡Mucho más admirable de lo que uno se figura! ¿Sabéis lo que quiere decir Cacaramuchen?

JOURDAIN. —¿Caceracamuchen? No.

COVIELLE. — Pues quiere decir "alma mía".

JOURDAIN. —¿Cacaramuchen quiere decir "alma mía"?

COVIELLE. —Sí.

JOURDAIN. —¡Es maravilloso! ¿Quién iba a pensar que Cacaramuchen significa "alma mía"? ¡Es desconcertante!

COVIELLE. —En fin, para cumplir con el objeto de mi embajada, terminaré diciéndoos que traigo la misión de pedir os la mano de vuestra hija. Su futuro esposo, para tener un suegro digno de él, os nombra Mamamuquí, que es una de las grandes dignidades de su reino.

JOURDAIN. —¿Mamamuquí?

COVIELLE. —Sí. Mamamuquí, que en nuestro idioma quiere decir paladín. Paladín es uno de aquellos antiguos títulos..., paladín, en una palabra. No hay distinción de más alta nobleza en el mundo, y con ella podréis parangonaros con los más rancios dignatarios de la tierra.

JOURDAIN. —El hijo del Gran Turco me honra demasiado, y os ruego que me llevéis a su presencia para darle las gracias.

COVIELLE. —No es necesario, porque le veréis aquí.

JOURDAIN. —¿Va a venir a mi casa?

COVIELLE. —Sí. Y traerá consigo todo lo necesario para la ceremonia de vuestra exaltación.

JOURDAIN. —¡Esto va por la posta!

COVIELLE. —¡Su amor no tiene espera!

JOURDAIN. —Lo único que me preocupa es que a mi hija, que es voluntariosa, se le ha metido entre ceja y ceja casarse con un tal Cleonte, y jura que no se ha de casar más que con él.

COVIELLE. —En viéndole cambiará de opinión, porque ocurre una particularidad maravillosa: y es que el hijo del Gran Turco y el tal Cleonte, a quien acabo de ver, se parecen como dos gotas de agua. El amor que le ha inspirado el uno pasará fácilmente al otro, y... Me parece que llegan. Aquí está.

ESCENA IV

CLEONTE, vestido de turco y acompañado de tres pajes que le llevan la cola. JOURDAIN y COVIELLE, disfrazado.

CLEONTE. —Ambusahin oqui baraf, Jordina, sala malequi.

COVIELLE. —Quiere decirnos: "Señor Jourdain, vuestro corazón se mantenga todo el año como un rosal florido." Son galanterías del país.

JOURDAIN. —Humilde servidor de vuestra alteza turca.

COVIELLE. —Carigar cam boto ustin moraf.

CLEONTE. —Ustin yoe catamalequi baum base ala moran.

COVIELLE. —Dice que el cielo os dé la fuerza del león y la prudencia de la serpiente.

JOURDAIN. —Su alteza turca me honra en extremo, y le deseo toda suerte de prosperidades.

COVIELLE. —Ossa binamen sadoe bobally aracaf uram.

CLEONTE. —Bel—men.

COVIELLE. —Desea que vayáis inmediatamente con él para disponeros a la ceremonia, a fin de ver luego a vuestra hija y dejar terminado el matrimonio.

JOURDAIN. —¿Todo eso en dos palabras?

COVIELLE. —Todo eso. La lengua turca es así: hablando poco dice mucho. Haced al momento lo que os ordenan.

ESCENA V

DORANTE y COVIELLE

COVIELLE. —(Solo.) ¡Ja, ja, ja! Esto es verdaderamente gracioso. ¡Qué infeliz! Si hubiera ensayado su papel no lo hace mejor... Señor: os ruego que nos ayudéis en el asunto que traemos aquí entre manos.

DORANTE. — (Sale.) ¡Ah, eres tú, Covielle!... ¿ Quién te hubiera reconocido con ese traje?

COVIELLE. —Ya me veis.

DORANTE. —Pero ¿de qué te reías?

COVIELLE. —De algo que bien lo merece.

DORANTE. —Cuéntame.

COVIELLE. —Ya os daría yo, si llegarais a adivinar la estratagema que hemos urdido para decidir al señor Jourdain a que entregue su hija a mi amo.

DORANTE. —No adivino; pero estoy seguro de que surtirá sus efectos andando tú en ella.

COVIELLE. —Vos conocéis bien a este negado.

DORANTE. —Explícame.

COVIELLE. —Apartaos para dejar paso a lo que veo venir y mientras presenciáis una parte de la tramoya, yo os contaré el resto.

(La ceremonia turca para armar caballero a Jourdain se realiza bailando al son de la música. Esta parte constituye el cuarto intermedio. El muftí, cuatro derviches, seis bailarines y seis músicos turcos, y varios instrumentistas más, son los actores de esta ceremonia —. El muftí, los derviches y los doce turcos invocan a Mahoma. Después traen a Jourdain,

vestido de turco pero sin turbante ni espada, y le cantan:

Si ti sabir,
ti rispondir;
se non sabir
tazir, tazir.
Mi estar muftí.
Ti, ¿qui estar ti?
Non intendir,
tazir, tazir.

(El muftí pregunta la religión a que pertenece el ceremoniado, y los turcos replican, asegurando que es mahometano.)

EL MUFTÍ. —Di, turco, ¿qué estar éste? ¿Anabatista, anabatista?

LOS TURCOS. —loc.

EL MUFTÍ. —¿Zwinglista?

LOS TURCOS. —loc.

EL MUFTÍ. —¿Coffita?

LOS TURCOS. —loc.

EL MUFTÍ. —¿Hussita, morista, fronista?

LOS TURCOS. —loc, ioc, ioc.

EL MUFTÍ. —loc, ioc, ioc. ¿Estar pagana?

LOS TURCOS. —loc.

EL MUFTÍ. —¿Luterana?

LOS TURCOS. —loc.

EL MUFTÍ. —¿Pantana?

LOS TURCOS. —loc.

EL MUFTÍ. —¿Bramina, moffina, zurina?

LOS TURCOS. —loc.

EL MUFTÍ. —loc, ioc, ioc. ¿Mahametana, mahametana?

LOS TURCOS. —Hi valla. Hi valla.

EL MUFTÍ. —¿Cómo llamara? ¿Cómo llamara?

LOS TURCOS. —Giurdina, Giurdina.

EL MUFTÍ. —(Dando saltos.) Giurdina, Giurdina.

LOS TURCOS. —Giurdina, Giurdina.

EL MUFTÍ. —Mahameta per Giurdina mi pregar sera e matina, voler far una paladina de Giurdina, de Giurdina. Dar turbanta e dar searrina con galera e brigantina per defender Palestina Mahameta, etc.

(El muftí pregunta a los turcos si el exaltado permanecerá firme en su fe mahometana.)

EL MUFTÍ. —¿Estar bon turca Giurdina?

LOS TURCOS. —Hi valla.

EL MUFTÍ. (Cantando y bailando.) — Hu laba, bala, chu, ba la ba, ba la da. (Los turcos repiten estos mismos versos. El muftí propone entregar el turbante y canta lo que sigue:)

EL MUFTÍ (A Jourdain.) —¿Ti non estar turba?

LOS TURCOS. —No, no, no.

EL MUFTÍ. —¿Non estar turbanta?

LOS TURCOS. —No, no, no.

EL MUFTÍ. —Donar turbanta, donar turbanta. (Los turcos repiten cuanto ha dicho el muftí antes de entregar a Jourdain el turbante. El muftí y los derviches se ponen los turbantes de ceremonia. Luego presentan el Corán al muftí, el cual hace una segunda invocación, ayudado por todos los turcos, que le rodean. Tras de la invocación, entregan a Jourdain la

espada y cantan de este modo:)

Ti estar nobile, non estar fabbola.
Pigliar schiabbola.

(Los turcos repiten estos versos desenvainando los sables, y seis de ellos bailan alrededor de Jourdain, amagándole estocadas. El muftí ordena a los turcos que apaleen al burgués y canta así:)

EL MUFTÍ. —Dara, dara.

Bastonara, bastonara.

(Los turcos repiten los versos y lo apalean a compás. El muftí después de haberlo hecho apalear, dice, cantando)

Non tener honta,
questa estar ultima affronta.

(Los turcos repiten los versos. El muftí invoca nuevamente y se retira, seguido de toda la turca comitiva, que sale cantando y bailando al son de varios instrumentos turcos.)

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

MADAME JOURDAIN y MONSIEUR JOURDAIN

MADAME JOURDAIN. —¡Dios mío, misericordia! ¿Qué es lo que veo? ¿Qué visión es ésta? ¿Es un Momo o, es que estamos en época de máscaras? Hablad. ¿Qué significa esto? ¿Quién os ha disfrazado así?

JOURDAIN. —¡No seáis impertinente, hablando de este modo a un Mamamuquí!

MADAME JOURDAIN. —¿Cómo?

JOURDAIN. —Desde ahora es menester que me tratéis con más respeto: acabo de ser nombrado Mamamuquí.

MADAME JOURDAIN. —¿Qué queréis decir con eso?

JOURDAIN. —Que soy Mamamuquí, os repito.

MADAME JOURDAIN. —¿Y qué animal es ese?

JOURDAIN. —Mamamuqui quiere decir, en nuestra lengua, paladín.

MADAME JOURDAIN. —¡Bueno estáis vos ya para bailes!

JOURDAIN. —¡Ignorante! He dicho paladín, que es la dignidad que se me acaba de conceder, después de una gran ceremonia.

MADAME JOURDAIN. —¿Qué ceremonia ha sido esa?

JOURDAIN. —Mahameta per Giurdina.

MADAME JOURDAIN. —¿Y qué quiere decir eso?

JOURDAIN. —Giurdina quiere decir Jourdain.

MADAME JOURDAIN. —Jourdain, ¿y qué?

JOURDAIN. —Voler farar una paladina de Giurdina.

MADAME JOURDAIN. —¿Cómo?

JOURDAIN. —Dar turbanta con galera.

MADAME JOURDAIN. —¿Qué estáis diciendo?

JOURDAIN. —Per defender Palestina.

MADAME JOURDAIN. —¿Qué significa esta monserga?

JOURDAIN. —Dara, dara, bastonara.

MADAME JOURDAIN. —¿Pero qué jerigonza es ésta?

JOURDAIN. —Non tener honta, questa estar la ultima affronta.

MADAME JOURDAIN. —¿Qué embrollos son éstos?

JOURDAIN. (Cantando y bailando.) —Hou la ba, ba la chu, ba la ba, ba la da.

MADAME JOURDAIN. —¡Ay, Dios mío, que mi marido se ha vuelto loco!

JOURDAIN (Marchándose.) —¡Callaos insolente y usad de más respetos con el señor Mamamuquí!

MADAME JOURDAIN. —¿Cómo ha podido perder el juicio hasta tal extremo? Corramos, no sea que se le ocurra salir a la calle... (Ve llegar a Dorimena y Dorante.) ¡Ah, aquí viene a punto lo que nos faltaba! Por todas partes no le llegan a una más que disgustos.

ESCENA II

DORANTE y DORIMENA

DORANTE. —Veréis la cosa más chistosa que puede verse. No creo que se haya dado jamás en el mundo un caso de locura tan extraordinaria como la de este hombre. Pero es preciso tomar parte en la mascarada para favorecer los deseos de una persona tan estimable como Cleonte.

DORIMENA. —Le tengo en gran aprecio, y le creo digno de la mejor suerte.

DORANTE. —Además, no debemos perder el espectáculo que se nos ofrece, y por mi parte quiero ver si se logra mi idea.

DORIMENA. —Ahora acabo de ver los magníficos preparativos y os declaro, Dorante, que son cosas que no he de tolerar. He decidido impedir todos los despilfarros que hacéis por mi causa; y para terminar de una vez, he resuelto que nos casemos inmediatamente. El matrimonio será el mejor recurso para acabar con todo esto.

DORANTE. —¡Oh! ¿Es posible que hayáis tomado un resolución tan grata para mí?

DORIMENA. —Quiero evitar que os arruinéis; y sin esa determinación, estoy segura que muy pronto no tendríais un maravedí.

DORANTE. —¿Cómo podré yo agradecer vuestros cuidados en conservar mi patrimonio? A vos os pertenece por entero, como vuestro es también mi corazón, para que dispongáis de él a vuestro capricho.

DORIMENA. —Me utilizaré de una cosa y de otra. Pero aquí llega vuestro amigo. ¡El porte es admirable!

ESCENA III

JOURDAIN, DORANTE y DORIMENA

DORANTE. —Venimos, señor, a rendir homenaje a vuestra nueva dignidad y a congratularnos con vos del enlace de vuestra hija con el heredero del Gran Turco.

JOURDAIN (Después de hacer una gran reverencia.) —Señor, os deseo la fuerza de la serpiente y la prudencia del león.

DORIMENA. —He querido ser la primera en venir a felicitaros por vuestro encumbramiento.

JOURDAIN. —Que vuestro rosal permanezca todo el año florido, señora. Os agradezco infinitamente la participación que tomáis en mis venturas, felicitándome de veros aquí para daros excusas por las extravagancias de mi esposa.

DORIMENA. —No hablemos de eso. Sus arrebatos tienen muy razonable disculpa en el tesoro inapreciable de vuestro corazón, y no es extraño que la posesión de un hombre como vos inspire cierta alarma.

JOURDAIN. —La posesión de mi corazón es cosa vuestra.

DORANTE. —Ya veis, señora, que la prosperidad no lo ha cegado, y que, desde su altura, reconoce aún a los amigos.

DORIMENA. —Signo de su generosidad.

DORANTE. —¿Dónde está ahora su alteza? Quisiéramos, en calidad de amigos vuestros, ofrecerle nuestra adhesión.

JOURDAIN. —Aquí llega, y ya he mandado llamar a mi hija para entregársela.

ESCENA IV

CLEONTE, COVIELLE, JOURDAIN, etc.

DORANTE. —¡Señor!... Como amigos vuestros, venimos a saludar a su alteza, ofreciéndole nuestros respetos y nuestros humildes servicios.

JOURDAIN. —¿Dónde está el intérprete para que le diga quiénes sois y le repita vuestras palabras? Ya veréis cómo os responde; habla maravillosamente el turco... Pero ¿dónde diablos estará?... (A Cleonte.) Struf, strif, strof, straf. El señor es un gran signori, grande signora, grande signore: y la señora una granda darria, granda dama. ¡Ahí! Él Mamamuquí francés, y ella Mamamuquí francesa. No puedo hablar más claramente... ¡Vamos, ya está aquí el truchimán! ¿Dónde os habéis metido? No hemos podido entendernos. Decidle que el señor y la señora son mis amigos, personas de alta calidad que vienen a saludarle y a ponerse a sus órdenes. Ahora veréis cómo contesta.

COVIELLE. —Alábala crociam acci boram ala bamen.

CLEONTE. —Cataliqui tubal urin soter amaluchan.

JOURDAIN. —¿Estáis viendo?

COVIELLE. —Dice que una lluvia de prosperidades riegue perpetuamente el jardín de vuestra familia.

JOURDAIN. —¿No os dije yo que hablaba el turco?

DORANTE. —¡Es admirable!

ESCENA V

LUCILA, JOURDAIN, DORANTE, DORIMENA, etc.

JOURDAIN. —Acércate, hija mía, y da la mano a este señor, que te hace el honor de pedirte como esposa.

LUCILA. —¡Cómo! ¿Qué decís, padre mío? ¿Queréis representar una farsa?

JOURDAIN. —No, no; no es una farsa: es un asunto muy serio y el más honroso que hubieras podido imaginar. He aquí el marido a quien estás destinada.

LUCILA. —¿Yo?

JOURDAIN. —Sí, tú. Dale la mano y agradece a los cielos la dicha que te depara.

LUCILA. —Yo no quiero casarme.

JOURDAIN. —Pues yo, que soy tu padre, sí lo quiero.

LUCILA. —¡Como si no!

JOURDAIN. —Nada de escenas... ¡Dadle la mano como os he dicho!

LUCILA. —No, padre mío. Ya os dije que no habrá poder en el mundo que me obligue a admitir por esposo a otro que a Cleonte, y llegaré al último extremo antes que... (Reconociendo a Cleonte.) Pero bien mirado, vos sois mi padre, a quien debo entera obediencia, y que puede disponer de mi a su capricho.

JOURDAIN. —¡Ah!... Me complazco viéndote recobrar tan prontamente el sentimiento de tu deber y celebro tener una hija obediente.

ESCENA VI

MADAME JOURDAIN, MONSIEUR JOURDAIN, CLEONTE, etc.

MADAME JOURDAIN. —¿Qué pasa? ... ¿Qué quiere decir todo esto? ¡Me han dicho que queréis casar a vuestra hija con un mascarón!

JOURDAIN. —¿Queréis callaros, impertinente? ¿ Cuándo dejaréis de mezclaros en todo con vuestras intempestivas extravagancias? ¡No hay medio de haceros entrar en razón!

MADAME JOURDAIN. —Sois vos el incorregible y el que va de locura en locura. ¿Cuál es vuestro propósito y qué pretendéis con todo esto?

JOURDAIN. —Pretendo casar a Lucila con el hijo del Gran Turco.

MADAME JOURDAIN. —¿Con el hijo del Gran Turco?

JOURDAIN. —Sí. Saludadle por mediación del truchimán, aquí presente.

MADAME JOURDAIN. —No tengo nada que ver con el truchimán. Yo misma le diré en su cara que jamás le entregaré mi hija.

JOURDAIN. —Una vez más os repito que calléis.

DORANTE. —¡Cómo! ¿Os opondréis a un honor semejante? ¿Rehusaréis a emparentar con su alteza turca?

MADAME JOURDAIN. —Señor mío, ocupaos de vuestros asuntos.

DORIMENA. —Es una gloria que no se puede despreciar.

MADAME JOURDAIN. —Ruego a usted igualmente, señora, que no pase cuidado por lo que no le importa.

DORANTE. —Es la amistad la que nos obliga a interesarnos por vuestro encumbramiento.

MADAME JOURDAIN. —No me hará daño prescindir de tal amistad.

DORANTE. —Tened en cuenta que vuestra hija accede a los deseos de su padre.

MADAME JOURDAIN. —¿Mi hija consiente en casarse con un turco?

DORANTE. —Indudablemente.

MADAME JOURDAIN. —¿Y puede olvidar a Cleonte?

DORANTE. —¡Qué no hará una mujer por encumbrarse a la categoría de gran dama!

MADAME JOURDAIN. —¡Si eso fuera verdad la estrangulaba!

JOURDAIN. —¡Basta ya! Os repito que se celebrará el matrimonio.

MADAME JOURDAIN. —Y yo os repito que no.

JOURDAIN. —¡Qué porfía!

LUCILA. —¡Mamá!

MADAME JOURDAIN. —¡Aparta! Eres una coqueta.

JOURDAIN. —¡Cómo! ¿La reprendéis porque me obedece?

MADAME JOURDAIN. —Sí. Tengo sobre ella los mismos derechos que vos.

COVIELLE. —Señora.

MADAME JOURDAIN. —¿Qué es lo que queréis?

COVIELLE. —Una palabra.

MADAME JOURDAIN. —No me interesa.

COVIELLE (A Jourdain.) —Si quisiera escuchar reservadamente una palabra, yo os respondería de su consentimiento.

MADAME JOURDAIN. —Jamás.

COVIELLE. —Haced la prueba.

MADAME JOURDAIN. —¡No!

JOURDAIN. —Escuchadle.

MADAME JOURDAIN. —¡No quiero!

JOURDAIN. —El os dirá...

MADAME JOURDAIN. —No quiero que me diga nada.

JOURDAIN. —¡Qué obstinación! ¿ Qué daño os puede ocasionar escucharle?

COVIELLE. —Oídmme, y después haced lo que os dé la gana.

MADAME JOURDAIN. —¡Hablad de una vez!

COVIELLE (Aparte, a MADAME Jourdain.) —¡Os estamos haciendo señas hace una hora!... ¿No comprendéis que todo esto es por seguirle la corriente a vuestro marido, al que hemos chasqueado disfrazándonos, y que ese hijo del Gran Turco es Cleonte en persona?

MADAME JOURDAIN. —¡Ah!

COVIELLE. —Y yo, Covielle, soy el que hace de intérprete.

MADAME JOURDAIN. — Siendo así, me rindo.

COVIELLE. —Ahora, disimulad.

MADAME JOURDAIN. —¡Bien!... Hemos hablado y consiento en la boda.

JOURDAIN. —¡Ya era hora de que todo el mundo se aviniera con la razón! ¡No queríais escucharle, y yo estaba seguro de que cuando supierais lo que significa ser hijo del Gran Turco!...

MADAME JOURDAIN. —Me lo ha explicado y me ha convencido. Haced venir al notario.

DORANTE. —Bien dicho. Y ahora, para mayor satisfacción vuestra y para

desvanecer toda ocasión de celos, sabed que Dorimena y yo nos serviremos del mismo notario para testificar nuestro matrimonio.

MADAME JOURDAIN. —Cuenten con mi consentimiento.

JOURDAIN (Bajo a Dorante.) —¿Eso lo diréis para engañarla?

DORANTE (Bajo a Jourdain.) —Conviene que lo crea.

JOURDAIN. —Bueno. Que avisen inmediatamente al notario.

DORANTE. —Y mientras llega y ultima los contratos, que comience el bailable para divertir a su alteza.

JOURDAIN. —Admirablemente Pensado. Cada uno en su sitio.

MADAME JOURDAIN. —¿Y Nicolasa?

JOURDAIN. —Se la otorgo al intérprete, y mi mujer a quien la quiera.

COVIELLE. —Gracias, señor (Aparte.) ¡Si puede hallarse hombre más loco, iré a contarlo a Roma!

(La comedia acaba con un bailable.)

PRIMERA SALIDA

Sale un hombre repartiendo el libreto del bailable, e inmediatamente es acosado por un enjambre de individuos que gritan, cada uno con el acento peculiar de su provincia, demandando un libreto. Tres importunos lo persiguen, pisándole los talones. Música.

DIÁLOGO DE LOS ESPECTADORES, que a compás de la música reclaman el libreto.

TODOS. —¡A mí!

—¡A mí, señor!

—¡Por favor!

—Hacedle la merced de un libreto a este vuestro servidor...

UN JACARANDOSO. —¡A ver!... Distinguidnos de la chusma voceadora y traed acá algunos ejemplares: estas damas os lo ruegan.

OTRO JACARANDOSO. —¡Eh, buen hombre! Por caridad, repartid por este lado...

UNA DAMISELA. —¡Qué poco caso hacen aquí de las personas distinguidas!

OTRA DAMISELA. —¡No hay libretos, ni asientos más que para buscones y grisetas!

UN GASCÓN. —¡No se me escape, ceñó de los libretos! Ya veis que boy a echar el bofe, y que esta gente parece que quiere chancearse a mi costa... ¿No es un escándalo ver en manos de la canaya lo que a mí se me niega?

OTRO GASCÓN. —Eh, caramba, señor mío, ¡advertís con quién estáis! Dad un libreto al barón de Asbastat. Me parece que el fatuo no tiene el honor de conocerme.

UN SUIZO. —¡Señor repartidor de papeles!... ¿Qué quiere decir esto? Me han salido ya anginas de gritar, y no he podido conseguir un libro. Comienzo a creer que estáis borracho.

UN BURGUÉS, viejo y parlanchín. —¡Que nuestra hija, tan distinguida y cortejada, no logre obtener un libreto para enterarse del argumento del baile, es francamente desagradable! ¡No merecía la pena de haber ataviado tan correctamente a la familia, para que la coloquen al fondo de la sala, donde no hay más que gentuza! ¡Todo esto es muy desagradable!...

UNA BURGUESA, vieja y habladora. —¡Verdaderamente, es una vergüenza, un sonrojo! ¡Esta no es manera de proceder! Ese hombre es un bruto, un animal, un caballo que no repara en las personas que como yo son el ornato del barrio; y que hace unos días, en el baile, un conde la eligió como dama. ¡Ese hombre es un bruto, un animal, un caballo!

TODOS. —¡Qué bullicio!

—¡Qué estrépito!

—¡Qué zahurda!

—¡Qué algazara!

—¡Qué confusión!

—¡Qué desorden!

GASCÓN. —¡Diablo, yo no puedo más!

OTRO. —¡Dios me condene, que voy a reventar de rabia!

SUIZO. —¡Esto es salirse de madre!

EL VIEJO. —Vamos, sígueme, y no te separes de mí... Aquí no hacen caso de nosotros, y estoy harto de tanto bullicio. ¡Que me maten si vuelvo otra vez al teatro!... Vamos, sígueme.

LA VIEJA. —Anda, querido hijo mío: volvámonos a casa, y huyamos de esta barahúnda, que aquí no hay medio de que estemos sentados. Se quedarán con la boca abierta cuando vean que nos vamos; pero aquí hay tal barullo que sería preferible hallarse en medio del mercado. Si yo vuelvo en mi vida, que me abofeteen. Anda, hijo mío: salgamos de este tundidero y volvámonos a casa a sentarnos.

TODOS. —¡A mí!

—¡A mí, señor!

—¡Por favor!

—¡Hacedle la merced de un libreto a este servidor vuestro!

SEGUNDA SALIDA

(Los tres importunos bailan.)

TERCERA SALIDA

TERCETO DE ESPAÑOLES

Sé que me muero de amor,
y solícito el dolor.
Aun muriendo de querer,

de tan buen aire adolezco,
que es más de lo que padezco
lo que quiero padecer,
y no pudiendo exceder
a mi deseo el rigor,
sé que me muero de amor
y solicito el dolor.
Lisonjeándome la suerte
con piedad tan advertida,
que me asegura la vida
en el rigor de la muerte.
Vivir de su golpe fuerte
es de mi salud primor.
Sé que me muero de amor
y solicito el dolor.

(Seis españoles danzan.)

TRES MÚSICOS ESPAÑOLES

¡Ay qué locura, con tanto rigor,
quejarse de amor;
del niño bonito,
que todo es dulzura!
¡Ay qué locura!
¡Ay qué locura!

UN ESPAÑOL, cantando:

El dolor solicita,
el que al dolor se da,
y nadie de amor se muere,
sino quien no sabe amar.

DOS ESPAÑOLES

Dulce muerte es el amor,
con correspondencia igual,
y si ésta gozamos hoy,
¿por qué la quieres turbar?

UN ESPAÑOL

Alégrese enamorado
y tome mi parecer,
porque en esto de querer
todo es hallar el vado.

LOS TRES

Vaya, vaya, de fiestas,
vaya de baile,
alegría, alegría, alegría,
que esto de dolor es fantasía.

CUARTA SALIDA

ITALIANOS (Una cantante italiana dice este primer recitativo.)

Di rigore armata il seno
contro Amor mi ribellai,
ma fui vinta en un baleno
in mirar due vaghi rai.
¡Ahí, che resiste puoco
cor di gelo a stral di fuoco!
Ma si caro e'l mío tormento,
dolce é si la piaga mía,
ch'il penare e'l mío contento,
e'l sanarmi é tirania.
¡Ahí, che piú giova é piace
quanto amor é piú vivace!

(Salen cuatro tipos de la comedia italiana —dos scaramuches y dos trivelinos—, acompañados de un arlequín, los cuales, bailando, representan una de sus pantomimas. — Un músico se une a la cantante, y juntos cantan lo que sigue:)

EL MÚSICO ITALIANO

Bel tempo che vola
rapisce il contento,
d'Amor ne la scuola

si coglie il momento.

CANTANTE

Insi che florida
ride l'etá
che pu tropp'horrida
da noi sen vá.

LOS DOS

Sú cantiamo,
sú godiamo,
Né bei di gioventú:
perduto ben non si racquista piú.

MÚSICO

Pupilla ch'é vaga
mill'alm'incatena,
fa dolce la piaga,
felice la pena.

CANTANTE

Ma poiche frigida
langue l'etá,
piú l'alma rigida
fiamme non há.

A DÚO

Sú cantiamo, etc.

(Tras del dueto, los scaramuches y trivelinos bailan.)

QUINTA SALIDA

FRANCESES

(Salen dos músicos, vestidos a la moda de Poitou, que danzan y cantan lo que sigue:)

PRIMER MINUÉ

MÚSICO PRIMERO

¡Oh, qué agradable soto, con su llama,
el sol anima la espesura envuelta.

EL OTRO MÚSICO

Y el ruiseñor, en la florida rama,
entona el canto de su alegre vuelta.
Este paraje,
este boscaje,
este rumor,
nos invita al amor.

SEGUNDO MINUÉ

LOS DOS, a dúo

Mirad, Dorina,
sobre esa encina,
cómo se arrullan los pajarillos enamorados;
tan ardorosos,
que no les inquietan otros cuidados.
¡Oh, qué dichosos!...
Si en nuestros pechos afortunados
abre el deseo su roja flor,
gocemos ambos, apasionados,
de las delicias del dulce amor

(Salen seis danzarines más, pomposamente ataviados: tres de hombres y tres de mujeres, y a los que acompañan ocho flautistas y un oboe. Minué.)

SEXTA SALIDA

(El bailable termina con la salida de los personajes de las tres naciones, entremezclados, y con los aplausos de todos los asistentes, que, al son de la música, bailan y cantan estos dos versos:)

¡Qué espectáculo más encantador!

No se puede encontrar nada mejor.

FIN

